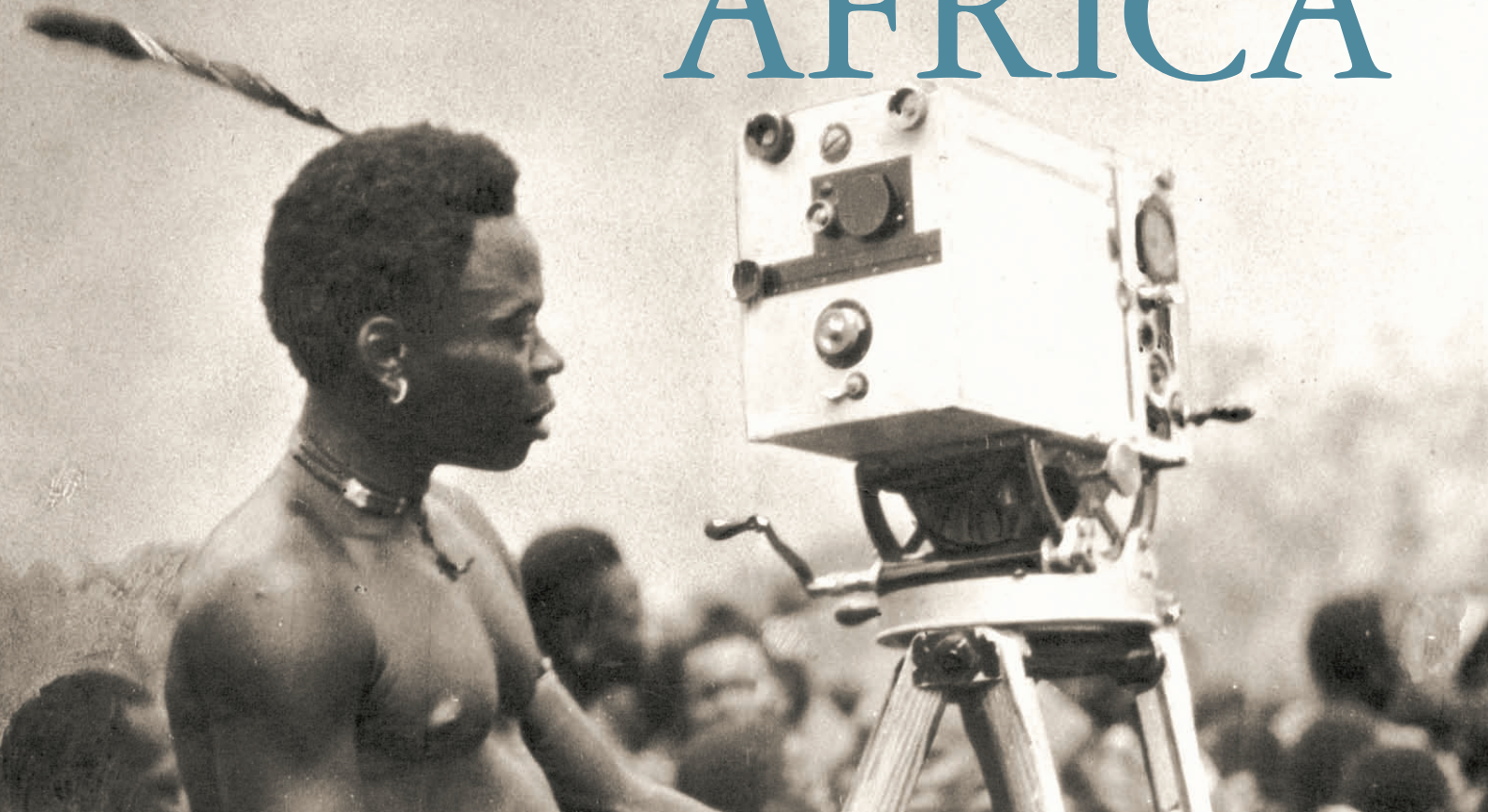


El despojo de ÁFRICA



Un africano se acerca con una mezcla de curiosidad y recelo a una cámara, en una fotografía tomada en 1900.

En 1884, para evitar guerras coloniales, las potencias europeas se reunieron en Berlín en torno al último gran pastel territorial que quedaba por repartir. Gracias a las últimas exploraciones, conocían mejor el terreno y, en un ambiente educado y diplomático, trazaron fronteras con escuadra y cartabón que fijaban quién tendría derecho a quedarse con qué. Las decisiones que se tomaron a miles de kilómetros transformaron el continente de forma irreversible, con unas consecuencias que se siguen sintiendo

**74. Las exploraciones.
Caminos para el saqueo**
Arturo Arnalte

**82. Berlín 1884.
El reparto**
Juan B. Vilar

**89. Nuevas reglas
de juego**
Donato Ndongo

**92. Un continente
"sin dueño"**
José María Ridao

Las exploraciones, caminos para el **SAQUEO**



En 1800, África era para los europeos un mapa mudo. Un siglo después, no quedaba palmo por catalogar. El salto cualitativo se explica, en parte, por el empeño de un puñado de aventureros; unos, soñadores y bonachones, otros, arrogantes y crueles, pero todos obsesionados por dominar y moldear el continente. **ARTURO ARNALTE** sigue sus pasos al sur del Sáhara

Un grupo de porteadores negros carga con partes de un vapor en una expedición en África, según una ilustración publicada el 28 de mayo de 1889, en *Le Petit Journal*.



A principios del siglo XIX, el mapa de África al sur del Sahara era un inmenso espacio en blanco, cuyo contorno estaba respaldado por una serie de enclaves costeros, castillos y factorías, que los europeos habían ido erigiendo en desembocaduras de ríos, en pro-

ARTURO ARNALTE es autor de *Los últimos esclavos de Cuba*.

montorios o en islas frente a la costa. Durante cuatro siglos, habían sido la meta de las caravanas que conducían la principal materia prima africana que demandaban los europeos: esclavos para las plantaciones americanas. Pero, con breves excepciones, el interior había sido por lo general un territorio desconocido, misterioso y hostil, celosamente preservado por los jefes africanos.

Sólo los portugueses, con presencia temprana en las franjas litorales de las actuales Angola y Mozambique, y los holandeses, que desembarcaron en Ciudad del Cabo en 1652, habían penetrado unos pocos cientos de kilómetros hacia el interior. Del río Congo, sólo se conocía la desembocadura; del Níger, se creía o bien que aflucía al Nilo, o bien que moría en un mar interior, puesto que corría hacia el Este, alejándose de la costa atlántica. De las fuentes del Nilo se conocía lo mismo que en la época en que Heródoto escribió: "sobre el origen de este río nadie sabe nada". África era una gran mapa mudo en el que los cartógrafos rellenaban los espacios vacíos con animales y personajes exóticos.

A finales del mismo siglo, sólo dos Estados eran libres. Liberia, una colonia creada en 1815 y formalmente independiente desde 1847, había sido fundada por filántropos blancos estadounidenses que, además de acabar con la esclavitud, querían devolver a los negros a África, convencidos de la imposibilidad de la convivencia igualitaria entre ambas razas. Y Etiopía, el mítico reino del Preste Juan, aislado geográficamente y congelado en una modorra medieval, de la que pronto le iba a despertar bruscamente el afán expansionista europeo. En unos pocos años, la escuadra y el cartabón dividieron caprichosamente a pueblos, separaron grupos lingüísticos y pulverizaron las culturas locales, tecnológicamente mucho más atrasadas, a la par que miles de europeos desembarcaban en el continente, unos para establecerse definitivamente, otros para hacer fortuna rápida.

La cartografía de la última frontera que le quedaba al hombre blanco la llenó un puñado de exploradores, en su mayoría británicos y franceses, con una fortuna milagrosa, una innegable tenacidad, una hábil instrumentalización de los guías nativos y de los conflictos en-

tre grupos rivales, y unos métodos a menudo brutales, como en los casos de Burton o Stanley.

Las desventuras de Mungo Park

El primero de esta lista de pioneros es Mungo Park, que trató por dos veces de navegar por el Níger hasta su desembocadura para determinar su curso. Park era un médico escocés que fue contratado por Joseph Banks, el rico presidente de la Royal Society y antiguo compañero de viaje del capitán Cook. Sólo tenía 24 años cuando embarcó, el 22 de mayo de 1795, en Portsmouth rumbo a Gambia, con la misión de internarse por el continente hacia el Este, a fin de alcanzar el curso del Níger, navegarlo, describir las ciudades que se alzaban en sus riberas y averiguar dónde desembocaba.

Park estudió mandinga para viajar con una caravana de mercaderes de esa etnia, cruzó el río Senegal y, tras haber sido robado, vejado y abandonado a su suerte por moros, logró llegar a pie un año después al Níger, comprobando que discurría hacia el Este. La narración del primer viaje de Park es una lectura muy amena, cuyo protagonista es un entrañable antihéroe, al que los hombres golpean, las mujeres desnudan y los niños tiran piedras, como una encarnación de las penurias de Gulliver entre los gigantes del país de Brobdingnag, el personaje que Jonathan Swift había dado a la imprenta en 1726. La juventud y el atractivo de Park fueron su salvoconducto. Sus valedoras fueron las mujeres, a las que presenta como alegres, pícaras, atraídas por su piel blanca y desternilladas de risa ante su extraña nariz prominente. Un grupo de mujeres de Ségou le salvó la vida al llegar al Níger, cuando ya se daba por perdido y, gracias a ellas, pudo volver para contarlo.

Tras reponerse, Park regresó a la costa a pie, acompañando una caravana de 30 esclavos, a los que los mercaderes conducían atados por el cuello. Para volver a Escocia, hubo de embarcarse antes en un buque negrero americano con destino a Antigua, en las Antillas, donde se vendió el cargamento humano. Como un hijo pródigo, Park golpeaba de nuevo la puerta de su casa a tiempo para la Navidad, el 22 de diciembre de 1797.

El final feliz de esta experiencia, que demostraba que era posible visitar el interior de África y regresar vivo, animó a



René Caillié, disfrazado de mercader musulmán, toma notas que oculta entre las páginas de su *Corán*. Ilustración de su *Viaje a Tombuctú* (París, Museo de Artes Africanas y Oceánicas).

la Royal Society a emprender una segunda expedición. En esta ocasión, el médico escocés fue acompañado de 35 soldados que partieron hacia el Níger también desde Gambia, pero en época de lluvias. Las fiebres diezmaron a la expedición, pues aún no se conocía el uso de la quinina como preventivo del paludismo, de tal manera que cuando la partida llegó al río, en Bamako, sólo quedaban seis soldados vivos. Park hizo construir una barca para descender por el río, pero todos los tripulantes murieron ahogados en los rápidos de Boussa, en la actual Nigeria, durante un ataque. El trágico final se supo cuatro años después, por el testimonio de un guía nativo que había acompañado a los expedicionarios.

Caillié: desengaño en Tombuctú

La lectura del viaje de Mungo Park y las aventuras del náufrago Robinson Crusoe, el personaje de Daniel de Defoe creado en 1719, hicieron mella en el ánimo de un soñador adolescente francés,

que decidió ser el primer cristiano que visitara Tombuctú. Sin apoyo ni protección, René Caillié, hijo de un panadero y él mismo aprendiz de zapatero, se estableció en el Senegal francés un tiempo y vivió después unos meses en la colonia británica de Sierra Leona, aprendiendo árabe y costumbres y leyes musulmanas para poder viajar a pie por África como un mercader mahometano, sin despertar sospechas. Inició el recorrido en la localidad, hoy guineana, de Boké, en 1827. Al atardecer del 28 de abril de 1828, después de 538 días, llegaba a la puertas de Tombuctú, tras haberse comportado en todo momento como un piadoso creyente, escondiendo entre las páginas de su *Corán* las notas que iba tomando.

Pero el sueño se desvaneció en cuanto se hizo realidad. La mítica Tombuctú, alabada por León el Africano e Ibn Batuta, el principal mercado entre el Sáhara y el África negra, ya no era más que un poblachón polvoriento y anodino. “La

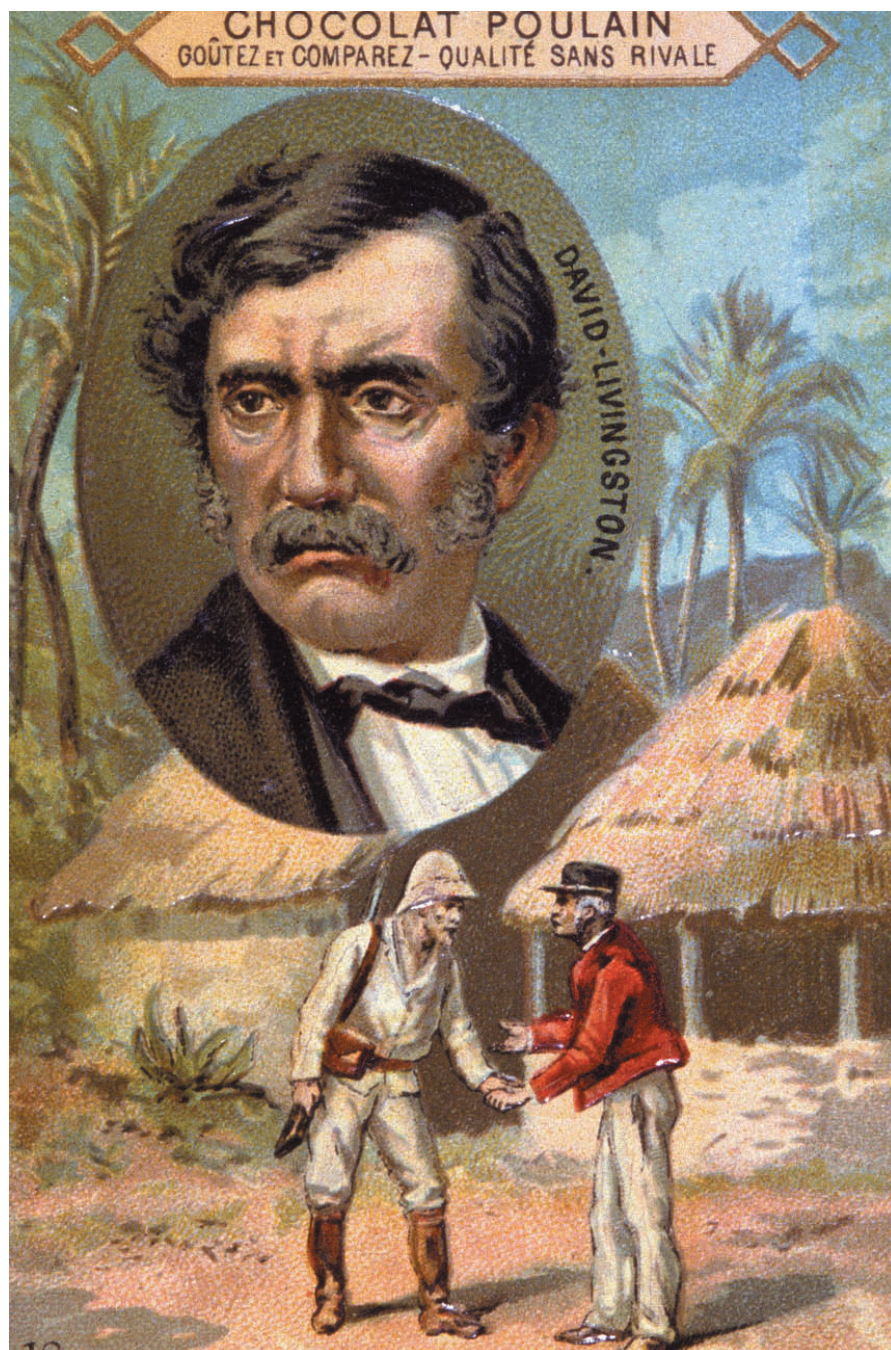
ciudad está muerta —escribió—; es la ciudad en la que la gente, a falta de leña, pone a arder el estiércol seco de los camellos; en la que sólo obtiene agua quien puede comprarla en el mercado; en la que nunca se oye ni siquiera el canto de un pájaro”. La opulenta y refinada ciudad del desierto, meca de mercaderes y poetas, había perdido hasta el recuerdo de su glorioso pasado.

Caillié hubo de salir de allí por el mismo método, andando, pero temió que, si regresaba al punto de partida, nadie creería la historia de su hazaña, por lo que decidió seguir al Norte, cruzando el Sáhara hasta Marruecos. Convertido en una sombra de sí mismo, andrajoso y con los pies sangrando, llamaba cien días después a la puerta del consulado francés en Rabat. Al ver su aspecto, el cónsul, un judío marroquí, no quiso ni abrirle y lo largó con cajas destempladas, como a un mendigo importuno. Tuvo que seguir caminando hasta Tánger, donde el cónsul Delaponte creyó su historia. Su salud nunca se recuperó del todo y murió diez años después.

Poco a poco, otras metas fueron alcanzadas. En 1822, el mayor inglés Denham, el teniente de navío escocés Clapperton y el naturalista Oudney lograron llegar al lago Chad, bajando en línea recta desde Trípoli. Los hermanos Richard y John Landner resolvieron al fin, en 1830, el enigma de la desembocadura del Níger, que la muerte de Park había dejado en suspenso, y que no era otra que el delta cuyos brazos se conocían como los Ríos del Aceite.

Burton y Speke, a la greña

En 1855, los oficiales ingleses Richard Burton y John Speke estaban destinados en Adén, cuando oyeron hablar de los Montes de la Luna, donde los árabes sostenían que había una región de grandes lagos, que supusieron que podrían ser las fuentes del Nilo. Burton, políglota, erudito y pendenciero, cuya reputación militar había quedado en entredicho tras sus informes sobre los burdeles masculinos de Karachi, pero con indudable talento y energía, acababa de lograr la hazaña de visitar la ciudad santa de La Meca disfrazado de peregrino musulmán. Speke, al que había conocido cuando ambos servían en el ejército en la India, tenía menos encanto personal, pero idéntica ambición viajera y se mostró



El célebre **encuentro entre Stanley** (izquierda) **y Livingstone** fue muy popular en su momento. Aquí ilustra la tapa de una caja de bombones de fabricación francesa (colección particular).

dispuesto a acompañarle en una expedición a Somalia, de la que regresaron gravemente heridos.

Dos años después, ambos hombres partieron juntos en busca de las fuentes del Nilo. La expedición salió de Zanzíbar en julio de 1857 con gran lujo de porteadores, que acarrearaban miles de cuentas de cristal y cientos de metros de hilo de latón y tejidos para ir comprando voluntades y derechos de paso. En febrero de 1858, un Burton agotado y un Spe-

ke casi ciego, descubrieron el lago Tanganica. Al regresar, se separaron y Burton se quedó en Tabora para reponerse mientras Speke, que había mejorado, siguió camino hacia el Norte y descubrió un lago, al que llamó Victoria en honor de la soberana británica, y del que aseguró que se trataba de la fuente del Nilo.

Burton, probablemente celoso, se burló de él y desde su vuelta trató despiadadamente de desprestigiarlo en Inglaterra. Como sus capacidades literarias

eran superiores y gozaba de cierta popularidad y brillo social, Speke sintió que su palabra quedaba en entredicho y organizó con Grant una segunda expedición para corroborar el hallazgo. En esa ocasión, pudo ver salir al Nilo del lago y seguir un tiempo su curso. De regreso a Inglaterra, se citó para polemizar en público con Burton. Pero el día antes del esperado debate sobre las fuentes del Nilo, Speke murió de un disparo de su propia arma, mientras estaba cazando. Burton sostuvo que se había suicidado: "Dios mío, el pobre tipo se ha pegado un tiro". Sin embargo, era Speke y no Burton quien había dado en el clavo.

En la década siguiente, y siendo cónsul inglés en la isla de Fernando Poo, un amargado Burton, cuyas excentricidades le habían marginado de la puritana vida social inglesa, y que consideraba que merecía destinos mejores que "el abominable espíritu de la desolación" que le pareció la decadente y mortecina colonia española, hizo algunos viajes menores de exploración al continente. Fue el primer europeo que ascendió a la cima del monte Camerún, acompañado del juez español Atilano Calvo Itarburu.

El celo misionero de Livingstone

Pero los grandes protagonistas de la cadena sucesiva de hallazgos, a cuyo nombre ha quedado asociado el halo más romántico de la exploración de África, fueron el misionero inglés David Livingstone y el aventurero americano Henry Stanley.

Si a Park y Caillié les movía un ideal romántico y a Burton y Speke el deseo de superación y una cierta fanfarronería militar, a David Livingstone le llevó a África el celo misionero y el deseo de luchar contra la trata de esclavos, que paralizaba el desarrollo económico y moral del continente negro. Desembarcado en Dar es Salam, capital de la actual Tanzania, Livingstone comenzó trabajando como misionero en el África Austral, en la zona de Botsuana. Escandalizado por el espectáculo de la trata, que ocasionaba matanzas, despoblaba amplios territorios y dejaba los caminos sembrados de cadáveres, comenzó a escribir artículos de denuncia que tuvieron mucho impacto en el público británico.

Convertido en una autoridad moral de referencia, comenzó a explorar África con la doble misión de combatir la tra-



Stanley se ufana de su **trato duro hacia los criados** de la expedición. En esta ilustración de su *Viaje en busca del Dr. Livingstone*, amenaza con disparar a un porteador si deja caer la carga.

ta y completar las lagunas del mapa. En 1841, fue el primer blanco que cruzó el desierto del Kalahari. En 1852, llegó al río Zambeze por el Norte de Botsuana y siguió hacia el Oeste, hasta San Pablo de Luanda, desde donde volvió a Mozambique, en la costa del Indico. Era la primera travesía africana de costa a costa por el interior.

Financiado por la Royal Geographical Society, de 1858 a 1864, Livingstone

efectuó una segunda expedición por el curso del Zambeze. Dos años después, en 1866, emprendió un tercer viaje para buscar la relación entre el lago Tanganica, las cataratas Victoria y las fuentes del Nilo.

Tras cruzar el Tanganica, se perdió su pista en Ujiji y la opinión pública empezó a temer que hubiera muerto. Entonces, entraron en escena el poder de la prensa y un joven aventurero llama-

do Henry Morton Stanley, un periodista británico nacionalizado americano, al que el *New York Herald* hizo el encargo de encontrar al misionero perdido. Stanley, que en la Guerra de Secesión de EE UU había combatido inicialmente al lado de los esclavistas, emprendió su viaje en 1871. Violento y racista, habría de hacer honor a estos dos adjetivos en los años siguientes. Al frente de 192 porteadores y con la fabulosa cifra de 1.000 dólares de presupuesto, partió de Zanzíbar y logró encontrar a Livingstone en Ujiji, el poblado donde se había oído hablar de él por última vez.

El momento estelar de Stanley

Así refirió el histórico encuentro: “No sé qué hubiera dado en aquel momento por estar en algún sitio solitario, para hacer cualquier locura, para morderme las manos, dar volteretas y hacer cualquier cosa para desahogarme, pues la alegría me sofocaba. Parecía que mi corazón quería saltar del pecho; pero procuré que nada revelara mi semblante para conserva la dignidad de mi raza.

Tomando entonces mi decisión, separé a la multitud y me dirigí hacia el semicírculo formado por los árabes, ante el cual estaba en pie el hombre de la barba gris.

Mientras avanzaba lentamente pude observar su palidez y su aspecto de fatiga. Llevaba un pantalón gris, un chaquetón rojo y una gorra azul con galoncillo de oro. Hubiera querido correr hacia él; pero me sentí cobarde ante aquella multitud; hubiera querido abrazarle, pero él era inglés, y yo ignoraba cómo me recibiría.

Hice pues lo que me inspiraron la cobardía y un falso orgullo; me acerqué deliberadamente y dije descubriéndome: “¿El doctor Livingstone, supongo?”

Durante cuatro meses, los dos aventureros exploraron juntos algunas zonas de la región de los Grandes Lagos y luego Stanley decidió regresar, en marzo de 1872, mientras Livingstone, ya repuesto continuó su camino para descubrir si el río Lualaba desaguaba en el Congo o en el Nilo. El 29 de abril de 1873, murió mientras oraba junto a su camastro. Sus sirvientes le extrajeron las vísceras, rellenas de sal y lo secaron al sol para que se conservara hasta que pudiera ser devuelto a la costa y a Inglaterra. Un año después, Gran Bretaña le ren-

IRADIER, EL SOÑADOR DE VITORIA

El explorador español más interesante de este periodo, que fue decisivo para la configuración de las fronteras de lo que se convirtió en la colonia española de Guinea Ecuatorial, es el vasco Manuel Iradier, que conoció a Stanley de paso por Vitoria, en 1873, cuando éste cubría la guerra carlista para el *New York Herald*. Tras la entrevista, el joven Iradier, que había fundado una sociedad llamada La Exploradora y abrigaba el ambicioso proyecto de cruzar África de Norte a Sur, decidió seguir el consejo del experto y comenzar por explorar el fragmento de la costa de Guinea que se extendía frente a la isla española de Fernando Poo. Iradier empezó su viaje en 1874, con sólo veinte años, acompañado de su mujer Isabel y de su cuñada Juliana, ambas de 18.



Exploró la isla de Corisco y la desembocadura del Río Muni y punta Botika en el continente, adentrándose por la tierra de los guerreros fang. Residió en una casucha en la isla de Elobey Chico, con una pobreza extrema, desdén por las autoridades, desafiando a la enfermedad y al olvido. En un segundo viaje en 1884, en una misión oficial de carácter político, logró comprar la sumisión de los jefes tribales de la zona de Río Muni. Gracias a su esfuerzo, España acudió a la Conferencia de Berlín con un pie en el continente africano.

Manuel Iradier, al regreso de su segundo viaje al Golfo de Guinea, en la portada de *La Ilustración de Álava*.

día solemne tributo en el entierro de sus restos en la abadía de Westminster.

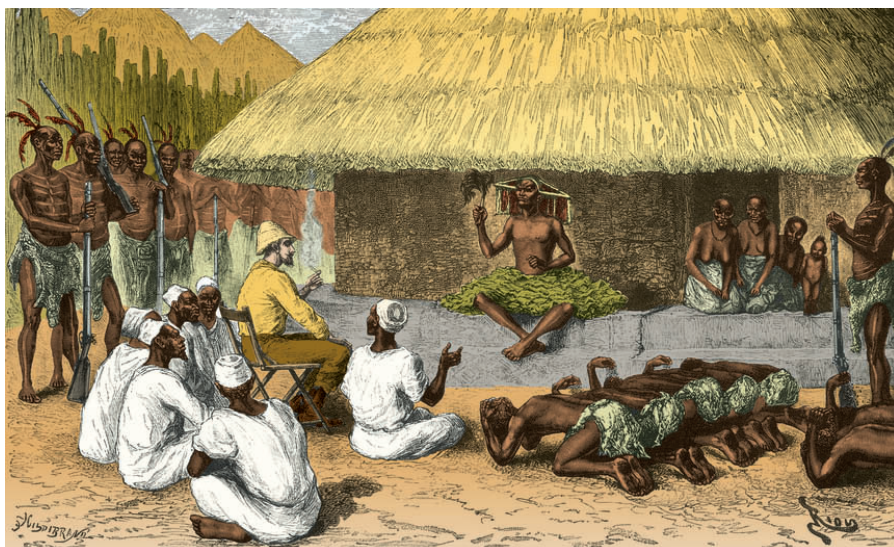
El misterio del Lualaba fue otra herencia que Stanely recibió del misionero, y que resolvió en la última y más espectacular de las expediciones transcontinentales, cuyos efectos fueron decisivos para desatar el brutal saqueo de hombres y recursos con el que África despidió el siglo XIX y entró definitivamente en los mapas.

En 1874, Stanley tenía 33 años, fama y un público lector. A la ayuda del *New York Herald* logró sumar la del *Daily Telegraph*, diarios a los que se ofreció para completar la obra de exploración del misionero fallecido. Al frente de una caravana de 360 personas, partió de Bagamoyo, en la costa oriental de África, frente a la isla de Zanzíbar, con la finalidad de terminar la exploración de los Grandes Lagos y averiguar el curso del Lualaba. En febrero de 1875, llegó al lago Victoria y trazó el primer mapa de su perímetro. Recorrió a continuación el perímetro del lago Alberto, junto a Uganda, descendió hasta el Tanganica y en octubre llegó al Lualaba. Para bajar por su curso, hizo construir un barco desmontable, el *Lady Alice*.

A medida que pasaban los días, el Lualaba se iba ensanchando, sus aguas

DESPUÉS DE 4.700 KILÓMETROS, 999 DÍAS DE VIAJE Y TRAS PERDER 114 HOMBRES, STANLEY LLEGÓ A LA DESEMBOCADURA DEL RÍO CONGO

se ennegrecían, la selva tropical de sus riberas era cada vez más espesa y amenazadora. Por la noche, sonaba el tamtam sin que de día acertaran a ver a nadie. Sus hombres tenían miedo, pero Stanley decidió proseguir, desafiar las cataratas que se avecinaban y los previsibles ataques de las tribus de las riberas, y ello sin saber si navegaba por el origen del Nilo o hacia dónde le conduciría la imponente masa de agua. En marzo de 1877, estaba en las cataratas que bautizó como Stanely Falls, junto a la actual Kisangani, donde el río torcía a la izquierda. Los tres blancos que le acompañaban habían muerto por el camino y, para desplazarse sin ser fácilmente alcanzado por las flechas lanzadas desde las orillas, hubo de seguir río abajo por el centro de la corriente. Pero llegó. Después de 4.700 kilómetros, 999 días



Savorgnan de Brazza logró la sumisión a Francia de las tribus de la ribera norte del Congo. Recepción del explorador en Cazembé, según un grabado que ilustra el relato de sus viajes.

de viaje y tras perder 114 hombres, el explorador y el resto de su expedición alcanzaron Boma, en la costa atlántica.

Stanley había envejecido y encanecido, pero su ambición no había disminuido. Y la de un ávido monarca europeo tampoco. Nada más puso pie en Marsella, los emisarios del rey Leopoldo II de Bélgica se lanzaron sobre él con embeleso para hacerle una modesta proposición: ¿Querría tomar posesión del territorio re-

cién descubierto para la Asociación Internacional Africana? Ese pomposo nombre ocultaba una sociedad particular de Leopoldo para explotar el Congo y sus riquezas como una finca privada.

Brazza en Brazzaville

Un último nombre figura en la lista de los grandes, el del italiano nacionalizado francés Piero Savorgnan de Brazza. Con el encargo de Francia de contrarrestar las preocupantes actividades de Leopoldo en la zona, Brazza hizo dos expediciones por los actuales Gabón y Congo francés, para hacer tratados con los reyes locales a favor del Gobierno de París. Nada violento, se ganaba con astucia y amabilidad a los indígenas y, entre 1875 y 1879, logró pactar con las tribus afincadas a la derecha del Congo su sumisión a Francia.

Los exploradores habían sido la avanzada para abrir caminos, clasificar culturas, rebautizar la geografía y efectuar una apropiación simbólica de una naturaleza que se presentaba como abandonada, despoblada o en manos de pueblos atrasados. Sus publicaciones, sus conferencias, las noticias sobre sus hazañas en la prensa reforzaron la conciencia de superioridad europea y crearon un estado de opinión ávido de exotismo y favorable a la expansión colonial, entendida como una misión civilizadora, casi como un deber moral. Hacia 1880, la época de las grandes exploraciones había finalizado. Llegaba la hora de cosechar los inmensos beneficios del África negra. Con los caminos abiertos, los secretos desvelados, la malaria vencida y el invento reciente de la ametralladora Maxim's, las potencias europeas dejaron de sentarse ante un mapa en blanco, rodeado de misterio y fantasía para hacerlo ante un tablero controlado, con sus rutas, sus obstáculos y sus tesoros codificados, sobre el que de inmediato comenzaron a jugar al monopolio respaldados con entusiasmo por sus opiniones públicas.

Stanley, hombre de negocios, no dudó en aceptar la oferta de los emisarios del codicioso rey de los belgas. Y regresó una vez más al Congo, ahora pagado por Leopoldo II, para establecer tratados con los gobernantes locales y una red de factorías a lo largo del río Congo para servir a la eufemística Asociación Internacional Africana. ■

GRANDES EXPLORADORES

■ MUNGO PARK

Selkirk, Escocia, 1771-Bussa, Nigeria, 1806
Estudió medicina en Edimburgo y trabajó en Sumatra, ganándose la confianza de la Royal Society, que le encargó que explorara el curso del Níger. Su primera aventura, cuyo relato publicó en 1797, le hizo famoso. Dos años después, ya casado y establecido en Escocia, el Gobierno le pidió que condujera una segunda expedición. La época de las llu-



vias, sin embargo, causó la muerte por paludismo de la mayoría de los componentes y los seis que se salvaron se ahogaron en el Níger poco después, durante un ataque de los habitantes de la región de Bussa.

■ RENÉ-AUGUSTE CAILLIÉ

La Rochelle, 1799-La Badère, 1838

Antes de los 20, el joven y humilde obrero francés ya había viajado dos veces a la zona francesa de Senegal y recorrido parte del interior. Logró llegar a pie a Tombuctú en 1828, disfrazado de viajero musulmán. El relato de sus peripecias, en tres volúmenes, se publicó en 1830 en francés y pronto fue traducido al inglés. Nunca se recuperó del desgaste físico sufrido en el viaje y no volvió a África.



■ DAVID LIVINGSTONE

Blantyre, Escocia, 1813-Chitambo, Zambia, 1873

Educado en un ambiente piadoso y humilde, acudió a una llamada en busca de misioneros en 1834 y, una vez ordenado, partió para África en 1840. Durante 15 años viajó llevando el Evangelio por zonas nunca antes pisadas por los europeos. Su intención era abrir rutas comerciales en África que fueran una alternativa económica al comercio de



esclavos. La fama y los ingresos que le otorgaron sus libros de viajes le convirtieron en independiente para planificar sus itinerarios. Perdido en 1871, fue hallado por H. M. Stanley en un encuentro célebre en la historia de ambos exploradores.

■ MARY KINGSLEY

Londres, 1862-Ciudad del Cabo, 1900

Sobrina de un clérigo, llevó una vida anodina hasta los 30, cuando decidió viajar a África para terminar un libro sobre religiones locales iniciado por su padre. En 1893 y 1894, visitó Cabinda y la isla de Fernando Poo, descubrió nuevas especies de peces, convivió con los canibales fang y escribió unos relatos de

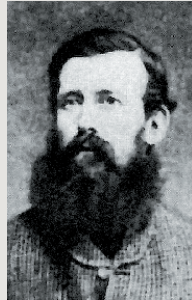


sus viajes que muestran una sensibilidad pionera y a contracorriente de los valores conservadores de sus contemporáneos varones, por su simpatía y respeto hacia los africanos negros. Murió trabajando como enfermera en la Guerra de los Bóers.

■ JOHN HANNING SPEKE

Devon, 1827-Wiltshire, 1864

Sirvió en el ejército inglés en el Punjab, el Himalaya y el Tibet. En 1855, viajó por Somalia con Burton y al año siguiente ambos salieron de Zanzíbar en busca de las fuentes del Nilo. Cuando Burton enfermó, él llegó al lago Victoria y afirmó que era el origen del Nilo. Burton lo negó y su controversia fue célebre. Regresó a África para repetir el trayecto y murió en un accidente, el día antes de exponer sus conclusiones en un debate con Burton en Londres.

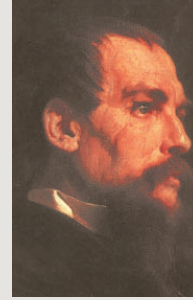


■ RICHARD BURTON

Devonshire, 1821-Trieste, 1890

Educado en Fancia e Italia, fue un excelente lingüista. Tradujo las *Mil y Una Noches* del árabe, el *Kama Sutra* del hindi y otros textos clásicos del persa, como *El Jardín Perfumado*, de Neftzaoui. Militar en el ejército británico en la India, estudió en 1845 la prostitución homosexual en Karachi y lo detallado de su informe le

ganó el desprecio de sus compañeros de armas. En 1853, disfrazado de musulmán afgano, visitó La Meca, aunque no fue el primer occidental que lo hacía. Sí lo fue en entrar en la ciudad prohibida de Harar en Etiopía, antes de viajar con John Speke en busca de las fuentes del Nilo. Fue cónsul en Fernando Poo, Santos (Brasil), Damasco y Trieste, donde falleció.



■ HENRY MORTON STANLEY

1841, Gales-1904, Londres

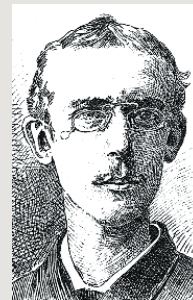
Hijo ilegítimo, se embarcó en Liverpool y llegó a Nueva Orleans en 1859, donde fue apadrinado por Henry Hope Stanley, de quien tomó el apellido. Soldado y periodista, fue a África en 1867 a cubrir la expedición inglesa contra el emperador de Abisinia, Tewodros II. Luego aceptó el encargo de encontrar a Livingstone, que le hizo famoso, y finalmente navegó por el río Congo cruzando África de Este a Oeste, momento a partir del cual aceptó trabajar para el rey Leopoldo de Bélgica. Antes de morir, se nacionalizó británico de nuevo.



■ PIERRE SAVORGNAN DE BRAZZA

Roma, 1852-Dakar, 1905

Brazza era un conde italiano que se nacionalizó francés en 1874 y se alistó en el ejército de ese país. De 1875 a 1878, exploró el río Ogowe y la desembocadura del Gabón. Regresó dos años después para pactar tratados con los jefes locales de lo que luego se convertiría en el Congo francés, al norte del río del mismo nombre. En 1884, fundó la ciudad de Brazzaville, donde estableció una colonia que gobernó de 1886 a 1897. En 1905, viajó de nuevo a investigar denuncias de abusos a los nativos y murió en el viaje.





Berlín, 1884

EL REPARTO

Para que los avances coloniales de las potencias europeas en África no generaran enfrentamientos armados, Bismarck las convocó en Berlín, a fin de acordar las reglas del juego. **JUAN B. VILAR** explica el pacto entre caballeros, que en zonas del continente tuvo consecuencias rayanas en el genocidio

La nueva era del imperialismo europeo surgido en el siglo XIX, consecuencia del triunfo del ideario liberal, pero sobre todo de la revolución industrial y de los formidables avances de las técnicas y las ciencias, determinaron una nueva apertura del horizonte geográfico, que supuso para el hombre occidental el conocimiento y ocupación del planeta, prácticamente en su totalidad. África no podía ser la excepción.

La búsqueda de materias primas con las que alimentar una industria en crecimiento y de mercados donde colocar los excedentes manufacturados; la conveniencia de sustituir los desaparecidos imperios coloniales americanos por otros en Asia y África, con la consiguiente adquisición de territorios tanto de explotación como de poblamiento; la propia revolución de los transportes –sobre todo, por la aplicación del vapor y la hélice a la navegación–, pero también consideraciones de orden social, científico y cultural –eliminación de la trata de esclavos, los nuevos descubrimientos geográficos o el formidable impulso experimentado por las misiones cristianas en su doble versión protestante y católica–, todo se concitó, en suma, para que en un tiempo breve África desvelase gran parte de sus secretos al hombre occi-



Leopoldo II de Bélgica estrangula a los habitantes de la Cuenca del Congo. Caricatura publicada en *Punch*, a finales del siglo XIX.

dental. También, para que su reparto y ocupación fuesen un hecho.

A ello hay que sumar la incapacidad de las sociedades tribales autóctonas para oponer una resistencia eficaz a la penetración europea. No pudieron hacerlo las mejor organizadas –Dahomey, Bornu, Malí, Uganda–, ni los Estados feudales sobrevivientes en el Norte y Este del continente desde Marruecos a Abisinia, Zanzíbar o Madagascar, todos ellos en pleno declive.

De otro lado, un incipiente nacionalismo suscitado en las antiguas dependencias turcas del Norte de África en

ningún caso fue capaz de asegurar la independencia nacional, y una tras otra fueron ocupadas por los europeos, bien como territorios de plena soberanía –Argelia en 1830, Libia en 1911–, bien como protectorados –Túnez en 1881, Egipto en 1882–. El mismo destino tuvieron los movimientos de reafirmación islamista más representativos: el del Mahdi en el Sudán –aplastado por el Reino Unido con la toma de Jartum, 1898–, y el de Ma el Ainin, en el Sahara Occidental, que corrió igual suerte por cuenta de Francia, por las mismas fechas.

Avances franceses e ingleses

Hasta mediados de siglo XIX, la presencia europea en África era puramente testimonial. En 1830, los franceses ocuparon Argel, so pretexto de librar a la navegación internacional de aquel peligroso foco corsario, pero una vez allí ya no se marcharon. Antes al contrario, desde esa base de operaciones iniciaron la sistemática conquista del país, completada en 1848 con el sometimiento del emir Abd el Kader. Desde el Sahel argelino, fue ocupado todo el Sahara centro-occidental, hasta lograr enlazar con los territorios ocupados por Francia desde sus bases senegalesas en el Oeste africano y Níger superior. Hacia 1880, los dominios franceses se extendían interrumpidamente por el eje Argel-San Luis de Senegal. Más al sur, Francia se hallaba también en el golfo de Guinea –Costa de



Representación de la **Batalla de Adua**, en marzo de 1896. Las tropas etíopes, lideradas por Menelik, vencieron. Fue el equivalente al 98 italiano.

Marfil, Dahomey, Congo superior y Gabón—, y desde sus islas del Índico permanecía atenta para proceder al asalto de Madagascar a la primera oportunidad.

De superior alcance eran los planes británicos para la ocupación del frente oriental del continente. Ello mediante un movimiento envolvente de Sur a Norte y viceversa, que debería tener como bases la recién adquirida Colonia de El Cabo —perdida por los holandeses durante las guerras napoleónicas— y Egipto, provincia emancipada del Imperio turco, cuya ocupación era para Londres asunto prioritario, para asegu-

rar su hegemonía en el Mediterráneo oriental y, sobre todo, el control de la nueva ruta a la India por el canal de Suez, inaugurado en 1869.

El moderno Estado introducido por Mehmet Alí en Egipto en la primera mitad del XIX, saludado por los contemporáneos como aurora de un resurgimiento árabe, sobrevivió con dificultad a su fundador, de forma que en 1882 ese país quedó reducido de hecho a protectorado británico. El paso siguiente fue la ocupación del Sudán —condominio anglo-egipcio, pero en la realidad dependencia exclusivamente británica—.

Ello, sumado a la ocupación de Kenia, Uganda y otras regiones del África oriental, permitiría a Gran Bretaña conectar esos territorios con sus posesiones meridionales. Si bien en 1881, hubo de aceptarse la segregación de las dos repúblicas bóers (holandesas y calvinistas) de Transvaal y Orange, situadas en los confines noroccidentales de Sudáfrica, su viabilidad era dudosa como los hechos no tardarían en demostrar.

En contrapartida, por el Norte y Noroeste, el avance desde El Cabo resultó imparable: Natal, Bechuanalandia, Basutolandia, Suazilandia, fueron cayendo



Las delegaciones que participaron en la **Conferencia de Berlín**, en 1884, en un minucioso dibujo de *La Ilustración Española y Americana*.

una tras otra, reducidas a colonias o protectorados. Cuando en las décadas de 1880 y 1890 surgió la doble posesión de Rhodesia, desde ella pudo enlazarse sin dificultad con Uganda y los dominios del Norte. El Imperio británico en África oriental era una realidad incuestionable. Baste decir que se extendía casi ininterrumpidamente desde el Mediterráneo a El Cabo. A su lado palidecían las otras dependencias del Reino Unido en el frente atlántico del continente: Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro (Ghana) e incluso Nigeria.

Iniciada la década de 1880, Gran Bretaña y Francia se repartían buena parte del continente africano. Alemania quedaba muy por detrás. Hizo acto de presencia tarde, pero con determinación de quedarse: a sus posesiones de Camerún y Togo, en el golfo de Guinea, sumó en 1884 los extensos territorios de África del Suroeste y Tanganica, este último en el Índico. Portugal y España continuaban en sus posiciones históricas de siempre, ya mencionadas; Italia hacia su aparición

en Eritrea y Somalia; y una compañía belga, presidida a título particular por el rey Leopoldo II, operaba en la inmensa región del Congo.

La sistematización del despojo

El proceso de penetración desordenada en el continente africano a partir de cabeceras de puente establecidas en el litoral, mediante la doble táctica de de-

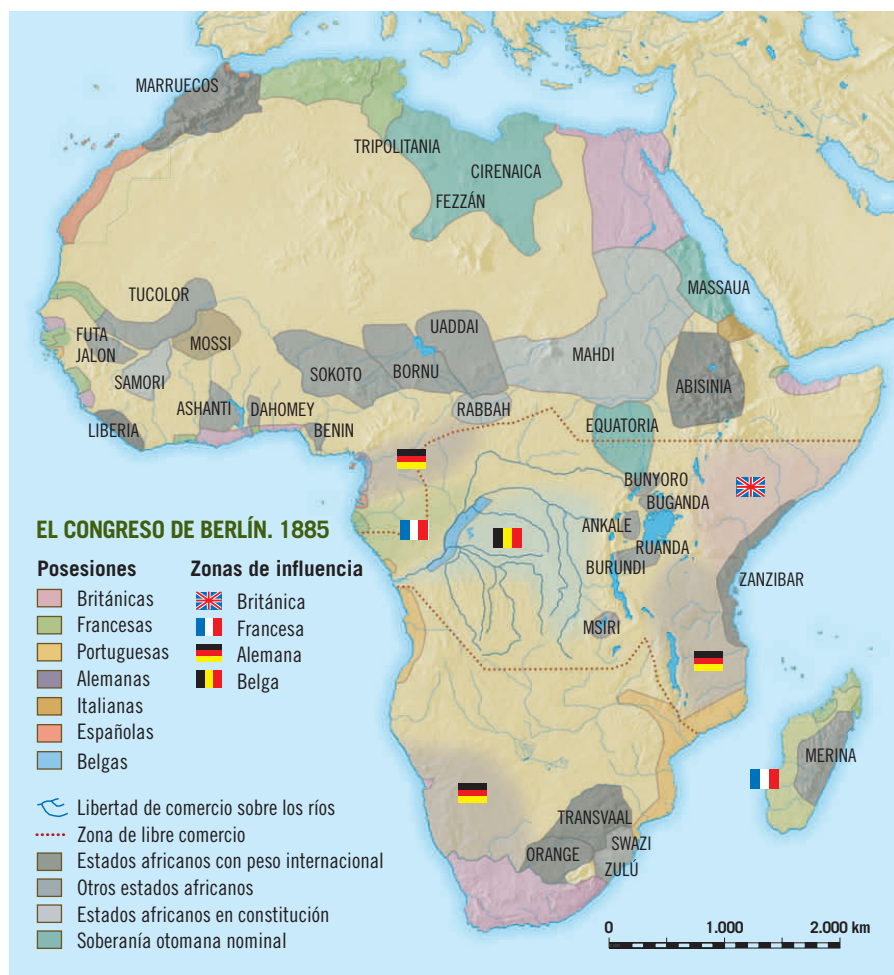
británicos en África oriental y en el Suroeste del continente. De otro lado, también era necesario decidir si se reconocían o no los derechos históricos alegados por Portugal y España y si se atenderían la pretensiones soberanistas del rey Leopoldo II de Bélgica sobre el Congo y, en caso afirmativo, de qué forma hacerlo compatible con los intereses de Francia y Portugal y con la deseable li-

EN 1880, GRAN BRETAÑA Y FRANCIA OCUPABAN CASI TODA ÁFRICA. ALEMANIA E ITALIA HACÍAN APARICIÓN Y LEOPOLDO II ANSIABA EL CONGO

mostraciones de fuerza y de compra de voluntades, una y otra garantizadas con ocupaciones fácticas, o con tratados de protectorado sobre los débiles poderes autóctonos, necesariamente tenía que terminar enfrentando a las potencias colonialistas. Así sucedió con británicos y franceses en Egipto, Sudán y Nigeria; a los segundos, con los alemanes en África ecuatorial, y a estos últimos con los

británicos en África oriental y en el Suroeste del continente. De otro lado, también era necesario decidir si se reconocían o no los derechos históricos alegados por Portugal y España y si se atenderían la pretensiones soberanistas del rey Leopoldo II de Bélgica sobre el Congo y, en caso afirmativo, de qué forma hacerlo compatible con los intereses de Francia y Portugal y con la deseable li-

bertad de comercio y navegación en ese extenso país. Por último, se imponía reconocer o no, una por una, las adquisiciones ya realizadas y, sobre todo, introducir mecanismos adecuados que regularan las anexiones futuras, así como los posibles contenciosos entre las partes interesadas.



ledor en sus pretensiones coloniales. A más colonias, más dispersión y por tanto mayor debilidad.

Los acuerdos de Berlín

Un *Acta General* de la Conferencia, fechada el 26 de febrero de 1885, recogió los acuerdos básicos adoptados en la misma. Pueden resumirse así:

- Libertad de navegación y comercio en la cuenca del río Congo, incluidas disposiciones que garantizaran la neutralidad del mismo y los derechos de las poblaciones indígenas, pero también la libertad religiosa y las actividades e intereses de misioneros, viajeros, empresarios y sus dependientes. Bajo estas condiciones (y limitaciones) eran reconocidos el Estado Libre del Congo y el rey Leopoldo II de Bélgica como su soberano, Estado que se extendería por un inmenso territorio, aproximadamente los 2/3 de la cuenca.

- Libertad de navegación y comercio por el río Níger, si bien con cortapisas que primaban los intereses ya establecidos del Reino Unido en sus cuencas media y baja.

- El derecho de posesión era fundamentado en la ocupación efectiva, que no en los derechos históricos o de cualquier otra especie. No obstante, se reconocía cierta prioridad en la ocupación de un territorio a la potencia ya establecida en sus inmediaciones, o que pudiera alegar tratados de protección o convenios concertados por sus agentes con las poblaciones autóctonas, pero siempre que una u otra circunstancia fuera acompañada de ocupación efectiva.

- La ocupación de uno o varios puntos del litoral daba derecho al traspás o *binterland* correspondiente, en el que



Manos cortadas a nativos "improductivos" en el Congo de Leopoldo, una prueba de las atrocidades que sufrieron los colonizados.

suado, tuvo lugar una Conferencia en Berlín, entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885. Asistieron, aparte del Estado anfitrión, once delegaciones: Reino Unido, Francia, Bélgica, Portugal, España, Italia y Turquía, como partes más implicadas, pero también Países Bajos, Dinamarca, Suecia-Noruega, Rusia, Austria-Hungría e incluso Estados Unidos. Significativamente no estuvo representado ningún Estado africano. Ni siquiera los internacionalmente reconocidos, como Egipto, Abisinia, Marruecos y Liberia. En cambio, fueron recibidas como observadoras varias asociaciones filantrópicas, misionales, culturales y colonialistas. Entre estas últimas, la Asociación Internacional del Congo, que propugnaba la creación de un Estado Libre del Congo bajo la soberanía de la monarquía belga.

Berlín era el marco más apropiado para la Conferencia. La nueva Alemania, el II Reich, ejercía desde la reunificación de 1870 un arbitraje incuestionable en el continente europeo. De

otro lado, venía a ser la única potencia capaz de ofrecer un escenario neutral, ya que entre las grandes era la única sin apetencias coloniales. El canciller germano Otto von Bismarck estaba firmemente persuadido de que la hegemonía mundial correspondería al Estado que ejerciese clara preponderancia en Europa, y ésta resultaría tanto más imbatible cuanto más concentrados estuviesen sus fuerzas y recursos en el continente europeo. Ocupar colonias equivalía por tanto a dispersión de fuerzas y, en definitiva, a una mayor vulnerabilidad. Se entienden las reticencias de Bismarck a ese tipo de adquisiciones, que tuvieron lugar tarde y a desgana por no haberle otra salida, al tener que proteger intereses de compañías privadas alemanas ya introducidas. Por lo mismo se comprende también que durante la Conferencia de Berlín, el Reino Unido y sobre todo Francia, rivales reales de Alemania en Europa respectivamente, sorprendentemente tuvieron en el canciller germano al principal va-



El **impulso misionero**, católico y protestante, a finales del XIX, contribuyó a que África desvelase sus secretos. Un obispo católico recorriendo su diócesis en el Congo, a principios del siglo XX.

necesariamente debería hacerse presencia efectiva.

- Eran precisadas la significación y alcance de dos figuras diferentes: plena soberanía y régimen de protectorado.

- Los contenciosos suscitados entre dos potencias establecidas en una misma área deberían ser resueltos mediante convenios bilaterales.

- Ídem las restantes cuestiones pen-

dientes o que se suscitaran en el futuro.

Aunque las cláusulas de Berlín distaron de ser cumplidas fielmente, en adelante pudo contarse con una normativa consensuada en relación con las cuestiones coloniales.

Bismarck también logró que fueran aceptados varios acuerdos globales, al objeto de evitar peligrosas hegemonías en áreas concretas: ante todo la inter-

nacionalización de la explosiva cuestión del Congo, pero también el hallazgo de una salida a la de Egipto, apoyando a Francia para impedir el exclusivo control de ese país por Gran Bretaña, y a ésta en la cuenca del Níger para frenar apetencias no menos exclusivistas francesas, o bien el afianzamiento de la presencia alemana en Togo y Camerún o la anexión a Alemania de Tanganica y África del Suroeste para quebrar o siquiera debilitar unilaterales hegemonías francesas y británicas en el golfo de Guinea y en África oriental.

Los dos grandes Imperios

La Conferencia de Berlín, al proporcionar marco legal a la expansión colonialista, estimuló el proceso de ocupación de territorios. Cuantas potencias tenían puesto ya el pie en África se apresuraron a redondear y ampliar sus posesiones en carrera frenética, de forma que en diez o quince años el mapa colonial africano alcanzó su conformación definitiva. Fueron días pródigos en gestas de exploradores, de intensa actuación misional, de ocupación de dilatados territorios y de conformación de los respectivos sistemas coloniales, pero también de rivalidades y enfrentamientos de las potencias —en Egipto, Sudán, Marruecos, Nigeria, Camerún...—, crisis que no dejaron de contribuir a las tensiones que precedieron y posibilitaron el estallido bélico de 1914. Como telón de fondo, se perfila un siniestro y silenciado panorama de sufrimientos humanos, de expolio sistemático, explotación e incluso genocidio de naciones enteras en el nombre de la civilización cristiana y el progreso. Dos potencias, el Reino Unido y Francia, terminaron controlando gran parte del continente, siendo en definitiva las principales beneficiarias del reparto de África.

Ha quedado referido cómo, a la altura de 1885, el Imperio afro-británico se hallaba ya conformado siquiera en sus rasgos básicos. Basculaba hacia el frente oriental del continente, entre Egipto y el cono sur, vertebrado en torno al ferrocarril El Cabo-El Cairo, para entonces en funcionamiento en varios de sus tramos. La aparición de un audaz empresario resultó decisiva. Cecil Rhodes (1853-1902) y su Chartered Company, desbordando las fronteras norteñas de Sudáfrica, ocupó de forma

CONTRA LA MALARIA, QUININA

Entre 1819 y 1836, el 48 por ciento de los miembros de la guarnición británica de Sierra Leona murió a consecuencia de la malaria. El peor año, 1825, la cifra llegó al 78 por ciento. Servir en el ejército en África era tan letal que se conmutaba la condena a los reos dispuestos a correr el riesgo y el continente se ganó la justa fama de "tumba del hombre blanco". Las fiebres palúdicas actuaron durante siglos como la mejor arma de defensa de los africanos frente a las invasiones. Esta situación cambió a mediados del siglo XIX. Aunque hasta 1880 no se descubrió que la fiebre se debía a una invasión del torrente sanguíneo por parte del *Plasmodium* y hasta 1897 no se supo que éste se transmitía por la picadura del mosquito *Anopheles*, la malaria dejó de diezmar a los europeos mucho antes, a raíz de dos hechos causales. En 1839, de los veintiún miem-

bros de la tripulación del barco *North Star*, atracado en Sierra Leona, veinte tomaron quinina diariamente. El único que no lo hizo, murió. Dos años después, durante una expedición británica por el río Níger, el doctor T. R. H. Thompson hizo la prueba de administrar quinina a parte de la tripulación y otros productos al resto, comprobando la eficacia del medicamento. Cuando el tratamiento se generalizó, la mortalidad del europeo en África descendió vertiginosamente y, en la segunda mitad del siglo, el cultivo del quino, que procedía de las selvas de Perú, Ecuador, Bolivia y Colombia, se convirtió en un negocio millonario, en el que pronto entraron a competir cultivadores holandeses de Indonesia y británicos de la India, que viajaron de incógnito a América a robar semillas y realizar las primeras plantaciones de quino en Asia.

tan rápida como violenta un territorio inmenso y al propio tiempo muy rico en recursos agropecuarios y mineros, en menoscabo de las poblaciones aborígenes y de los intereses de Portugal, que pretendía a través del mismo unir Angola y Mozambique. El ultimátum de 1890 acalló las protestas lusitanas, pero generó en el pueblo portugués un perdurable resentimiento antibritánico, llamado a dañar de forma irreversible una amistad de varios siglos. Ni siquiera las objeciones de la reina Victoria a tal política agresiva pudieron detener a Rhodes, firmemente respaldado por el premier Salisbury. En el bienio 1890-91, ambas Rhodesias y la nueva colonia de Nyasalandia quedaron unidas a los dominios británicos, alcanzándose desde el Sur la región de los grandes lagos y, por tanto, las fuentes del Nilo. Ocupada Uganda y Kenia –también Zanzíbar y parte de Somalia– y doblegado el Sudán en 1898 –toma de Jartum por Kitchener–, el ferrocarril El Cabo-El Cairo fue una realidad.

Sistema flexible

Para entonces, y en el otro lado del continente, se hallaba próxima la ocupación total de Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria, completada esta última en 1901. Anexionadas las dos repúblicas sureñas de Trasvaal y Orange al término de la Segunda Guerra Bóer (1899-1902), pródiga en épicos episodios que valieron al presidente Paul Krüger (1825-1904) y a su pueblo universales simpatías, la totalidad de las posesiones africanas del Reino Unido quedó integrado en la recién establecida Commonwealth, bajo la triple fórmula de dependencia colonial –*direct rule* o *indirect rule*, según el grado de autogobierno otorgado a los colonos blancos– (gran parte del África centro-oriental), protectorado (Zanzíbar, Uganda, sultanatos del norte de Nigeria, Bechuanalandia, ...) y dominio (Unión Sudafricana –desde 1910). Como puede verse en sus tres versiones, un sistema de gobierno indirecto (gobernador general representante de la Corona, en su caso asistido por sendos consejos ejecutivo y legislativo), que sin llegar a la autogestión total, buscaba las responsabilidades compartidas con las ventajitas que ello implicaba.

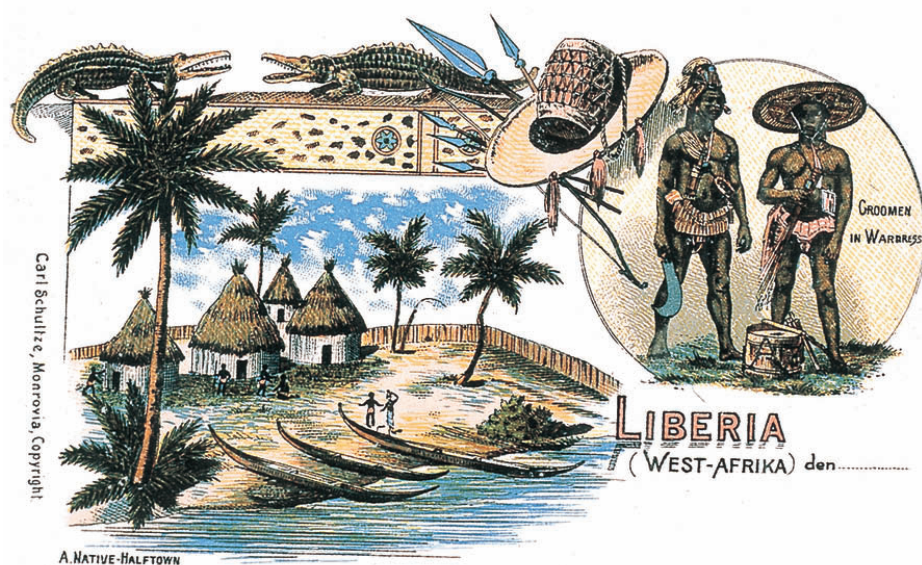
Un sistema enteramente diferente del



férreamente centralizado y asimilista introducido por Francia en sus dependencias coloniales y diseñado en buena parte por el político radical Jules Ferry. Baste decir que el África francesa mediterránea, es decir Argelia, dividida en tres departamentos (Argel, Orán y Constantina), a todos los efectos era considerada territorio metropolitano, con sus representantes en ambas Cámaras parlamentarias de París, si bien el sufragio estaba reservado a los colonos europeos (franceses y españoles, mayoritariamente) y a la minoría judía –ésta, desde la ley Cremieux de 1871– con exclusión del grueso de la población musulmana. Al fracasar la aplicación de este modelo en Senegal, se optó aquí y en las otras dependencias subsaharianas por una administración típicamente colonial, centralizada y uniforme, en la que el gobernador general era asistido por un consejo de gobierno. En 1904, el África Occidental Francesa se organizó en cinco colonias

(Senegal y Alto Senegal, Guinea, Costa de Marfil y Dahomey), a las que se sumaron tres territorios bajo jurisdicción militar: Mauritania (1910), Níger (1911) y Alto Volta (1911). El Sahara central, también bajo administración castrense, dependía de Argel (Territorios del Sur). Por el Este los franceses, que pretendían enlazar su territorio de Chad con el enclave somalí de Obock-Somalia, en el Índico, a través de Sudán, de forma que sus dominios se hubieran extendido con continuidad en el Norte del continente, de océano a océano, hubieron de renunciar a tal proyecto ante un ultimátum inglés (incidente Marchand-Kitchener en Fashoda, septiembre de 1898 –el 98 francés–).

Igual modelo se aplicó en el África Ecuatorial Francesa, establecida oficialmente en 1910 con las colonias de Gabón, Congo-Brazzaville y Ubangui-Chari, a las que se sumó Chad, primero como territorio castrense y luego como colonia. En cuanto a Madagascar, reino



Aunque esta postal alemana de Liberia reúne todos los tópicos sobre naturaleza y nativos en África, éste era en 1936 **el único país africano independiente**, aunque muy vinculado a EE UU.

protegido desde 1895, en el 97 los franceses derrocaron y exiliaron a la reina Ranavalona III, transformando la isla en territorio militar en ese año, y en colonia en 1905. Mejor suerte corrieron Túnez y Marruecos, sometidos a régimen de protectorado en 1881 (Tratado de El Bardo) y 1912 (Convenio franco-español de ese año), si bien el mencionado en segundo lugar era compartido con España, pudiendo retener ambos su gobierno (Majzén) e instituciones tradicionales, encabezados unos y otras por el bey y el sultán respectivamente. No obstante el poder efectivo era controlado en ambos casos por un alto comisario europeo, que en Marruecos eran dos, francés y español, con residencia en Rabat y Tetuán.

Los imperios menores

Como en los casos británico y francés, la presencia oficial de otros países europeos en África se debió casi siempre a iniciativas privadas. Así ocurrió en lo que se refiere a Alemania, Italia y Bélgica, y en parte también a Portugal y España.

El ejemplo alemán es aleccionador. Aunque la presencia de exploradores y casas de comercio alemanas en África occidental y oriental se remonta a la década de 1840, oficialmente Alemania no hizo acto de presencia hasta 1884-85, en que se afianzó en Togo y Camerún (golfo de Guinea) y se anexionó los extensos territorios de África del Suroeste y Tanganica o África Oriental Ale-

mana, ampliada luego hacia el interior con sendos protectorados sobre Ruanda y Burundi. El proyecto de algún colonialista de unir las posesiones del Atlántico y el Índico (ferrocarril transcontinental Duala-Dar es Salam) se vio frustrado con la creación del Estado Libre del Congo. Aunque la presencia alemana fue breve (desahuciada de sus colonias en 1919, al término de la Primera Guerra Mundial), su huella en esos países ha sido perdurable.

Italia, con mayores apetencias que Alemania, sin embargo llegó tarde al reparto. Excluida de Túnez, su natural área de expansión por razones geográficas, al tomarle la delantera Francia y declarar su protectorado sobre ese país en 1881, hubo de contentarse con Libia, ocupada a partir de 1911 al término de una guerra nada gloriosa con Turquía, dueña del extenso territorio, y no sin tener que vencer después una imprevista y tenaz resistencia de las tribus árabes y beréberes. Un segundo objetivo estuvo en África oriental, donde las nuevas colonias de Eritrea y Somalia (pactadas con Gran Bretaña por el jefe de gobierno Francesco Crispi, principal impulsor de la política colonial italiana) deberían de servir de base de operaciones para la transformación del Imperio de Abisinia (cristiano-nestoriano de rito copto) en protectorado y luego en colonia. Los desastres de Dogali y Adua (versión italiana de nuestro 98) echaron abajo esos sueños imperiales,

consolidándose por el momento la independencia etíope y la permanencia del negus Menelik II en su trono.

En cuanto al Congo, corazón mismo de África y territorio inmenso, era en realidad una empresa privada perteneciente al monarca belga y como tal debía funcionar y ser rentable. Repartido el país entre diferentes compañías internacionales –respaldadas por un despiadado ejército de mercenarios–, al resultar inexplotables por el momento sus principales recursos mineros –cobre en la recóndita Katanga– y agrícolas –escasez de colonos europeos–, la economía hubo de fundamentarse en la exportación de ébano, caucho natural y marfil, negocio que conllevó el saqueo sistemático y la semidestrucción del país con daños irreversibles en sus bosques y fauna, pero especialmente un aterrador genocidio –10 millones de muertos– denunciado en vano por exploradores, misioneros y otros testigos oculares, dado que el soberano belga, hábil manipulador de los medios de comunicación, supo ocultar el alcance del holocausto y mantener con astucia su reputación de persona humanitaria.

Esa política depredadora hizo inviable a medio plazo tal sistema, y al no poder ser afrontado el sostenimiento de una desproporcionada burocracia, el llamado Estado Libre se declaró en bancarrota. A Leopoldo no le cupo otra salida que legarlo al pueblo belga, que hubo de hacerse cargo en 1908 de una colonia tan desproporcionadamente extensa –66 veces el tamaño de Bélgica– como ruinoso. Al llamado en adelante Congo Belga (luego Zaire y hoy República Democrática del Congo), dividido en quince grandes distritos, para su administración se le aplicó con pocas variantes el rígidamente centralizado modelo colonial francés.

El modelo ibérico

Finalmente, la presencia de los dos Estados ibéricos en África siguió modelos colonizadores distintos. Portugal fundamentaba sus reivindicaciones coloniales en derechos históricos que consideraba irrecusables y en una presencia multiseccular, más o menos efectiva. En cuanto al sistema colonial adoptado, resultaba más centralizado y asimilacionista que el francés. Si bien las posesiones lusitanas de Guinea-Bissau, Cabo Verde,

Santo Tomé y Príncipe, más enclaves que colonias, resultaban poco relevantes, otro era el caso de Angola y Mozambique, muy extensas y de alto valor económico, cuya gradual ocupación procuró a Portugal un imperio colonial africano que, en alguna medida, vino a suplir la pérdida del Brasil.

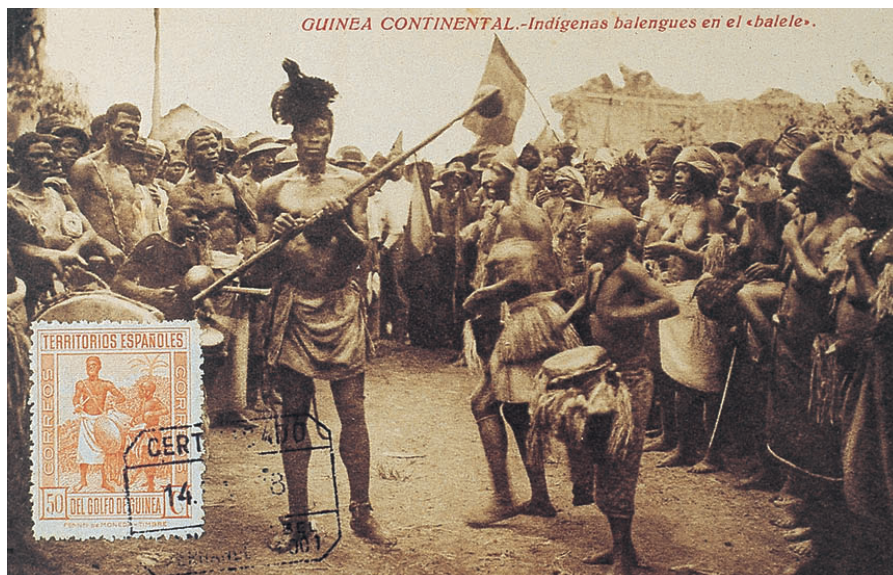
Aunque las poblaciones aborígenes no fueron objeto de un expolio sistemático y de hecho la asimilación y el mestizaje fue potenciado (con ayuda de misiones católicas), el Estado terminó controlando una parte importante de las tierras, enajenadas con frecuencia a favor de compañías privadas que explotaban los bosques, los yacimientos mineros y grandes plantaciones de café, algodón, maíz y caña. Hacia 1900, ambas colonias quedaron definitivamente configuradas tanto territorial como administrativamente, toda vez que hubo de ser abandonada la vieja aspiración lusa de unir las a través de las que luego serían ambas Rhodesias, según proyecto del explorador Serpa Pinto: el famoso *mapa verde* portugués vetado por Londres en su ultimátum de 1890 (el 98 lusitano).

España, la gran ausente

España fue la gran ausente de África. Desahuciada, como Portugal, de la América continental a comienzos del siglo XIX, a diferencia de ésta, retuvo sin embargo importantes dominios insulares (Cuba, Puerto Rico, Filipinas), cu-

LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN GUINEA NO FUE EFECTIVA EN LAS ISLAS HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX Y EN EL CONTINENTE, HASTA EL XX

ya conservación fue en adelante norte y guía de su proyección exterior, hasta la pérdida de los mismos en 1898. Por ello no quiso airear derechos históricos —ni siquiera en la Conferencia de Berlín— por no querer centrar la atención de Cuba en particular, ni asumir compromisos coloniales adicionales. Se limitó a retener sus presidios en la costa marroquí, pero sin voluntad de penetrar en el interior. La discusión del futuro de ese país fue aplazada un cuarto de siglo en la Conferencia internacional de Madrid, convocada por Cánovas en 1880, no resolviéndose hasta el Convenio franco-español de 1912.



Postal española de Guinea Ecuatorial en 1938, editada por Publicaciones Patrióticas. El modelo colonial español en África, centralizado y asimilacionista, se organizó en 1904.

En África occidental, la presencia española en Canarias desde el siglo XV, y diferentes actos de soberanía que pudo alegar documentalmente, le daban derecho a un dilatado territorio en el litoral inmediato, del Sahara occidental, entre los cabos Bojador y Blanco (Río de Oro), de los que en noviembre de 1884 tomó posesión una expedición bajo el mando de Emilio Bonelli, quien estableció la base de Villa Cisneros (hoy Dajla), ampliada hacia el norte con la extensa franja territorial de Saguña el Hamra (Acequia Roja), con centro en el eje El Aaiún-Smara, y el territorio de Teck-

XIX y el territorio continental (Río Muni) hasta comienzos del XX, aunque drásticamente reducido en sus límites respecto a los previstos inicialmente, todo ello de acuerdo con un Convenio suscrito en 1900 con Francia, establecida ya en Gabón, que delimitó también las fronteras del Sahara Occidental con la dependencia francesa de Mauritania.

El modelo colonial español, muy centralizado y asimilacionista, fue organizado (1904) en lo que a Guinea y Sahara se refiere en dos unidades administrativas: Guinea Española y África Occidental Española, con sedes en Santa Isabel de Fernando Poo (hoy Malabo) y Cabo Juby. El interés económico del primero era escaso y el del segundo (aparte de las pesquerías), meramente estratégico.

Este panorama perduró hasta la descolonización, en la segunda mitad del siglo XX. La única variación se refiere a la redistribución, en 1919, de las colonias alemanas al término de la Primera Guerra Mundial. Convertidas en mandatos de la Sociedad de Naciones, ésta encomendó su administración, bien conjuntamente a Francia y al Reino Unido (Togo y Camerún), bien específicamente a esta última potencia (Tanganica), así como a Bélgica (Ruanda y Burundi) y a Suráfrica (África del S.O.). En 1936, Italia completó la ocupación de Abisinia. En ese momento un solo país, Liberia, había logrado preservar su independencia en África. ■

En África occidental, la presencia española en Canarias desde el siglo XV, y diferentes actos de soberanía que pudo alegar documentalmente, le daban derecho a un dilatado territorio en el litoral inmediato, del Sahara occidental, entre los cabos Bojador y Blanco (Río de Oro), de los que en noviembre de 1884 tomó posesión una expedición bajo el mando de Emilio Bonelli, quien estableció la base de Villa Cisneros (hoy Dajla), ampliada hacia el norte con la extensa franja territorial de Saguña el Hamra (Acequia Roja), con centro en el eje El Aaiún-Smara, y el territorio de Teck-

na con cabecera en Cabo Juby, este último en realidad Zona sur del Protectorado de España en Marruecos. Más al Norte, Marruecos tenía cedido a España un enclave desde 1860 (Ifni), ocupado tardíamente en 1934.

Por el contrario, la presencia en el golfo de Guinea se retrotrae a los tratados hispano-lusitanos de San Ildefonso (1777) y El Pardo (1778), en los cuales fueron cedidas a España las islas de Fernando Poo, Annobón, Corisco y los dos Elobeyes, así como el extenso litoral comprendido entre los cabos Formoso y López. Las islas no fueron ocupadas hasta mediados del siglo



Nuevas reglas de JUEGO

Los europeos se repartieron las mejores tierras, impusieron trabajos forzados, combatieron las creencias religiosas y abolieron los usos sociales de los africanos. **DONATO NDONGO** explica los diferentes sistemas de colonización, cuyo denominador común fue el desarraigo del propio africano

La colonización europea afectó tan profundamente a los africanos que marcó el fin de una época y el advenimiento de otra nueva, cuyas consecuencias siguen gravitando hoy. El expansionismo europeo en África, iniciado por Portugal en el siglo XV, terminaría transformando todos los aspectos de la vida de las sociedades africanas, incluidos los morales y religiosos, de forma que cuando se produce la descolonización del continente, en la segunda mitad del siglo XX, los africanos han perdido casi totalmente su personalidad, obligados a abrazar la fe y las costumbres de los europeos.

El discurso colonial puso el acento en la necesidad de cristianizar y “civilizar” a los negros africanos, cuyo grado de desarrollo fue considerado “inferior”, no sólo en los terrenos científico y técnico, sino en lo moral y, en general, en todas las manifestaciones de sus culturas. Su arte fue tildado de “primitivo”; sus lenguas tachadas de “groseras” por ser ágrafas y, según los tratadistas coloniales, incapaces de expresar un pensamiento profundo; y sus comidas y demás hábitos no merecieron sino el desprecio

más absoluto. El hecho de que apenas se vestían constituyó el ejemplo más claro de ese “salvajismo”, sin que se tuviera en cuenta el calor tropical; y, en fin, ciertas prácticas rituales, como la antropofagia practicada por algunas castas de determinados pueblos, se tomó como la quintaesencia de ese “primitivismo”.

Mineros y peones forzosos

La explotación económica de los territorios transformó profundamente los modos de producción; en las zonas mineras –Congo Belga, Rhodesia y Suráfrica–, los africanos pasaron a ser mano de obra proletarizada en condiciones de semiesclavitud; en las regiones de explotación agrícola –Kenia, Rhodesia y Suráfrica–, los colonos europeos expulsaron a los africanos de las tierras más productivas, para confinarlos en las menos fértiles, generalmente mediante expropiaciones masivas, siempre violentas, sin respetar la propiedad comunal de las tierras que los autóctonos venían cultivando, o utilizaban para pastos desde hacía siglos.

Otra característica fue la introducción de nuevos cultivos, los que interesaban a los europeos, como el café, el cacao o el té, lo cual obligó a millones de africanos a abandonar sus cultivos alimenticios para priorizar el monocultivo. Y

hay que destacar la explotación incontrolada de la madera, terminando con los bosques tropicales en muchas regiones. Esto, unido a la caza indiscriminada, tuvo como consecuencia el deterioro ecológico que padecen ahora extensas regiones africanas, en las que se ha alterado de modo definitivo el equilibrio anteriormente existente entre el bosque, los animales y los seres humanos.

En general, los europeos intentaron reproducir en África los esquemas practicados en América, donde se establecieron colonias de población, en perjuicio de los habitantes nativos. En la parte oriental y meridional del continente, de clima más benigno, se concentraron grandes núcleos de población de origen europeo, después de expulsar a los africanos. Las masivas expropiaciones de los kikuyo en Kenia, o las de los ndebele en Rhodesia (hoy Zimbabue), o las de xhonas y shotos y la larga guerra contra los zulúes en Suráfrica, son episodios no superados, que aún condicionan la política de esos países.

Esta política de asentamientos europeos fue seguida principalmente por los ingleses, un modelo colonial que dio lugar al “desarrollo separado”, de cuya práctica nacieron los regímenes racistas de Suráfrica y Rhodesia. Se trataba

DONATO NDONGO-BIDYOGO es periodista, autor de *Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial*.

Anuncio de un jabón de afeitar alemán, en los años 30, en la página opuesta. Bajo estas líneas, un jefe bubi de la isla de Bioco y su esposa, en una clásica pose europea, en un daguerrotipo del vizconde de Sanjavier, realizado en la década de 1860 (Madrid Patrimonio Nacional).



de que los europeos dirigieran todos los aspectos de la vida económica, política y social, mientras los africanos eran relegados a ser la mano de obra.

Potencias coloniales como Francia intentaron otro modelo, basado en la asimilación de los africanos a los valores culturales, políticos, económicos y sociales de la metrópoli, representada por un gobernador omnipotente y por un escaso número de colonizadores, que también gozaban de todos los privilegios. Aunque hubo una población blanca relativamente importante en Senegal o Costa de Marfil, el modelo francés —quizás por factores climáticos— trataba de colonizar sobre todo las mentes de los africanos, para lograr una unidad política y cultural con la Francia metropolitana. En ese sentido, resulta revelador que hasta las independencias, los escolares de las colonias francesas estudiaran libros de Historia en los que se hablaba de “sus ancestros, los galos”.

Mestizaje luso, exclusión belga

Esos dos modelos crearon escuela. Mientras Portugal acentuaba en sus territorios el asimilacionismo francés, Bélgica siguió en sus colonias del África central (Congo belga, Ruanda y Burundi) el modelo anglosajón. La particularidad del Imperio portugués consistió en fomentar en sus territorios un verdadero mestizaje racial que, además, llevó a abolir todos los nombres africanos y sustituirlos por los propios. En el otro extremo, Bélgica acentuó la discriminación racial y apenas promocionó a los africanos. Alemania, por su parte, tuvo un efímero Imperio: sus territorios —Togo, Camerún, Namibia y Tanganika— fueron repartidos entre Francia, Inglaterra y Sudafrica en el Tratado de Versalles, que puso fin a la Primera Guerra Mundial; durante su breve ocupación colonial (1885-1918), siguió un modelo más próximo al inglés.

España, que mediante el Tratado de París de 1900 vio reducidos sus territorios negroafricanos a la pequeña extensión actual de Guinea Ecuatorial, practicó una política mixta, y en cierto sentido contradictoria: tras muchos años de olvido, en los últimos tiempos de la colonización trató de hacer de la isla de Fernando Poo (hoy Bioco) una colonia de población y del enclave continental (Río Muni), una colonia de explotación.



“La principal preocupación de los franceses es enseñar a la gente a leer y escribir”. Así rezaba el pie de esta fotografía propagandística. Francia aplicó un **modelo asimilacionista** en sus colonias.

Todo ello, mezclado con un discurso paternalista que en ciertos momentos primó el asimilacionismo, sin dejar de practicar la discriminación racial. Siguiendo el modelo organizativo portugués —y, en cierto modo, el francés—, España otorgó a sus colonias africanas el estatuto de “provincias”, en un intento de frenar el nacionalismo y eludir la independencia, integrando a los colonizados en las estructuras de la metrópoli.

Si el racismo fue una consecuencia lógica del hecho colonial, la razón de ser misma del colonialismo era la explotación económica de los recursos naturales de los territorios coloniales y la expansión del comercio. La introducción de la moneda y de todo lo referente a las relaciones mercantiles transformaron la mentalidad de los africanos, que hasta entonces venían rigiéndose por el trueque.

Extraña mixtura

A partir de la colonización, el africano descubrió valores como el lucro, el enriquecimiento o la explotación, no siempre positivos; se empezaron a establecer las clases sociales, en función de la capacidad de adquisición de riquezas o de la cultura del colonizador. La mezcla de esos nuevos factores con las prácticas precoloniales dio lugar a una extraña mixtura, pues, en la actualidad, los africanos enriquecidos no invierten sus beneficios —bien o mal adquiridos—, como cabría esperar de una sociedad mercantilizada, sino que, en general, los dedican a la adquisición de bienes sun-

tuarios, uno de los muchos factores que explican el subdesarrollo del continente. Un africano rico se distingue de uno pobre, sobre todo, por la cantidad de coches que posee, por la cantidad de bienes que consume y por el número de esposas y amantes que colecciona.

El colonialismo proletarizó a un número importante de africanos. Pero no sólo a través de las empresas privadas, sino, también, de las obras públicas. La construcción de ferrocarriles, carreteras, edificios gubernamentales, e incluso de iglesias, escuelas y hospitales, se hizo mediante levas de mano de obra forzada. Hubo, además, un trasiego continuo de trabajadores desde las zonas más pobladas a las de menor índice demográfico, dentro de un mismo territorio colonial y entre diferentes colonias.

España consiguió “poner en valor” la isla de Fernando Poo —especializada en el monocultivo del cacao— mediante la importación de mano de obra de Liberia, Sierra Leona y Nigeria, a través de convenios establecidos con Gran Bretaña. La construcción del ferrocarril entre Dakar (Senegal) y Bamako (Malí), y el del Congo Francés, dio lugar a un gran trasvase de mano de obra forzada. Novelistas africanos, como el senegalés Sembène Ousmane o el congoleño Emmanuel Dongala, han narrado con maestría esos episodios. Las condiciones laborales de los trabajadores africanos en las obras públicas forjaron, además, a líderes sindicales africanos que derivaron hacia el nacionalismo radical, como

el congolés Patrice Lumumba, el guineano (Conakry) Ahmed Sékou Touré y el keniano Tom Mboya.

Al analizar las consecuencias del colonialismo en África, no puede dejar de mencionarse la drástica transformación habida en temas como la familia, la justicia, el poder y las creencias. Los colonizadores se preocuparon especialmente de cambiar las mentalidades africanas, en su afán por imponer sus propios usos y costumbres. Las modificaciones más llamativas se refieren a la introducción del matrimonio monogámico, en detrimento de la poligamia, practicada en todo el África subsahariana, excepto en pueblos generalmente aislados, como los bubis de Fernando Poo —aunque ahora mismo también la hayan adoptado por influencia de los pueblos continentales—.

Ente tradición y modernidad

En África tradicional, el signo de riqueza más importante era el número de mujeres y de hijos. La virulencia con que el cristianismo combatió la poligamia, si bien no ha terminado con esa costumbre, sí ha influido decisivamente en la nueva concepción de las relaciones de pareja, en el papel de la mujer en la sociedad y en la visión de la familia en las sociedades actuales. Cada vez se va reduciendo más el concepto de familia, aunque la mayoría de los africanos esté de acuerdo en preservar la noción tradicional de la familia amplia, dadas sus ventajas en unas sociedades que carecen de protección social.

La influencia de la religión cristiana es también muy evidente. Subvirtió el orden moral, al sustituir las creencias tradicionales por las judeo-cristianas, y conformó una nueva cosmovisión. El animismo fue suplantado por las confesiones cristianas, aunque el islamismo —y el fundamentalismo islámico— también avanza entre las poblaciones sahelianas. Sin embargo, se observa que, en África, se produce un cierto sincretismo entre las religiones tradicionales y las introducidas por el colonialismo. O, lo que es lo mismo, el africano no dispone de un claro asidero espiritual en el cual apoyarse, dado que el colonialismo y sus consecuencias le privaron de sus creencias antiguas, sin que haya asumido totalmente las nuevas. De ahí la despersonalización actual, dado que el negroafricano se debate todavía entre la tradición y la modernidad. ■

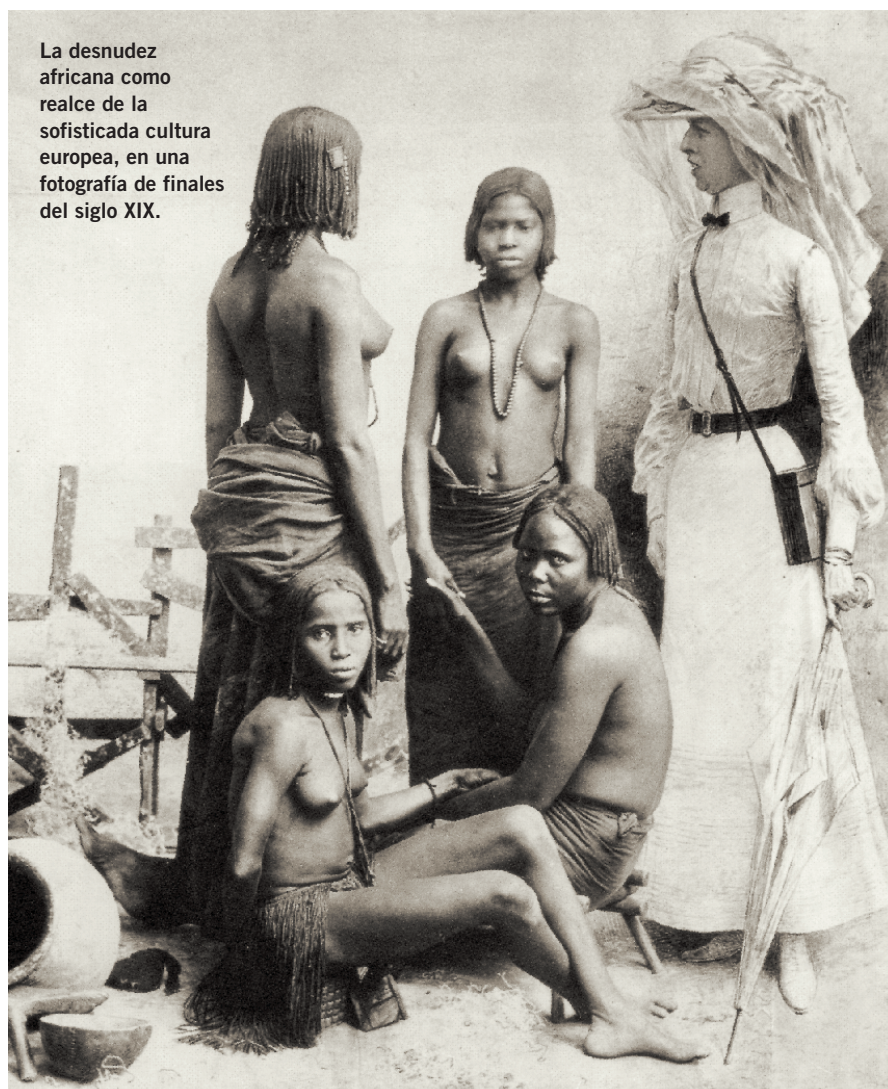
El continente SIN DUEÑO

Para apropiarse de un territorio varias veces mayor que Europa, los colonizadores desarrollaron una teoría que veía en el africano a un irresponsable, al que no se podía aplicar el mismo derecho que al civilizado, e incapaz por tanto de poseer la titularidad de su tierra. **JOSÉ MARÍA RIDAO** analiza la ideología colonialista y su resistencia a desaparecer

La expansión colonial suele aparecer asociada a la revolución industrial y al espectacular desarrollo económico que experimenta Europa durante el siglo XIX, al punto de que se suele considerar como una consecuencia casi inevitable de las nuevas necesidades de materias primas y de la ampliación de los mercados para unas manufacturas producidas en una escala inédita hasta entonces.

Es posible que el proyecto colonial no hubiera podido llevarse a cabo, si Europa no hubiese dispuesto por aquellas fechas de las técnicas y de los recursos económicos que permitieron emprender la ocupación y la explotación en su propio beneficio de un continente varias veces superior en extensión. La colonización constituyó, a este respecto, un objetivo capaz de movilizar todos los intereses, tanto públicos como privados, de las sociedades que lo adoptaron.

Hombres de gobierno, industriales, financieros, científicos, escritores, periodistas y hasta simples aventureros coincidieron en exaltar sus virtudes milagrosas, gracias a las cuales los dividendos del colonizador parecían crecer al mismo tiempo que los beneficios para el colonizado. Enriquecerse haciendo el bien, ¿acaso podía dudarse de que, alumbrado este prodigio, la Europa del



La desnudez africana como realce de la sofisticada cultura europea, en una fotografía de finales del siglo XIX.

JOSÉ MARÍA RIDAO es embajador de España ante la UNESCO.



“Hamaca de viaje” es el nombre con el que se conocía al palanquín en que se desplazaba este **funcionario británico en la colonia de Sierra Leona**, en las primeras décadas del siglo XX.

siglo XIX se había instalado en un círculo virtuoso del que sería difícil que descabalgase?

La idea de que el proyecto colonial favorecía a todas las partes involucradas sólo podía prosperar sobre la base del silencio de los africanos, es decir, de que se le reconociese al colonizador la competencia y la autoridad para decidir cuáles eran las necesidades del colonizado. La desarticulación de las sociedades africanas, provocada por la persistencia de la trata negrera a lo largo de más de cuatro siglos, había recorrido un largo camino en esa dirección: las estructuras políticas del continente —las monarquías tradicionales, no muy diferentes de las que existían en Europa— se encontraban al borde del colapso, debilitadas por la guerra semiconstante, alentada por el comercio de esclavos.

Los africanos, ausentes

En estas condiciones, nada tiene de extraño que los africanos fueran los únicos ausentes, los únicos que no alcanzaron a ser considerados como sujeto, y no como simple objeto, de una empresa que alteraría su futuro durante generaciones. Ni tampoco que, todavía hoy, la historia del colonialismo se siga escribiendo en un único sentido y desde una sola perspectiva, incluso si el atropello y el drama humano que representó es reconocido por la práctica totalidad de estudios y trabajos.

Pero lograr el silencio de los africanos hasta el extremo de que los atroces su-

frimientos que se les infligían encontrasen una coartada, y más que una coartada, un esquema de pensamiento que los convirtiese en efecto menor de una gran empresa generosa y filantrópica, exigía poner a punto una mirada que reinterpretara desde su extensión hasta su pasado, desde su realidad política y social hasta la capacidad moral e intelectual de sus habitantes.

Pocas veces se ha reparado en que el proyecto colonial no se llevó a cabo sobre una realidad ya establecida, sobre una noción de África con unas dimensiones y una historia aceptadas con generalidad y consagradas por el tiempo.

Antes por el contrario, ese África so-

EL DOMINIO COLONIAL SE PRESENTÓ COMO SI SE TRATARA DE UNA EMPRESA FILANTRÓPICA, UNA DESINTERESADA “MISIÓN CIVILIZADORA”

bre la que se abatiría la monstruosa benevolencia de las metrópolis, se fue construyendo de acuerdo con las necesidades del dominio, y de ahí que los antecedentes inmediatos del colonialismo haya que buscarlos en las expediciones científicas iniciadas bajo el empuje del ideal ilustrado. El saber y la colonización se fueron perfilando como las dos caras de una misma moneda, puesto que se trataba de un saber dirigido a fundamentar el dominio y, una vez alcanzado, a justificarlo.

Para empezar, la misma dimensión geográfica de África, el concreto perfil de

su extensión, no constituía un incontestable dato de partida con el que los colonizadores estuviesen obligados a contar. Cuando, al relatar la historia del periodo, se dice que la Conferencia de Berlín, convocada por el canciller Bismarck en 1885, consagró el reparto de África entre las principales potencias europeas, se suele pasar por alto un aspecto quizá más importante. Y es que, por sorprendente que resulte, convalidó además unas fronteras y un modo de designar la totalidad del continente que se venía abriendo paso desde el Renacimiento.

La expulsión del mundo clásico

Como puso de manifiesto León el Africano, en la *Descripción* que preparó en 1550 para el papa León X, la única región que debía recibir con propiedad el nombre de África era la que se correspondía con la provincia homónima del Imperio Romano, limítrofe con Etiopía. Extender la designación a este último territorio favorecía, según intuyó el autor de la *Descripción*, que una región que podía reivindicar con toda legitimidad su pertenencia al mundo clásico acabara siendo expulsada de él. La razón se encontraba en que, deseosos de negar la herencia griega y latina de un Islam en guerra con el Papado y los reinos cristianos, los renacentistas italianos, y en general europeos, se esforzaron por crear la imagen de que era Etiopía el reino que mejor encarnaba la esencia de África, y no el vasto territorio —primero romanizado y luego islamizado— que se

extiende entre los actuales Siria y Marruecos, en el que todavía hoy es posible contemplar algunas de las más soberbias ruinas clásicas conservadas.

En el momento de celebrarse la Conferencia de Berlín, el proceso que percibe León el Africano ha llegado mucho más lejos, al punto de que el nombre de África no sólo le conviene ya a Etiopía, sino también a la totalidad de los territorios que se extienden entre el Sáhara y el cabo de Buena Esperanza. Y en la medida en que se trata de territorios arrasados por el comercio de esclavos, considerarlos no ya como parte de África

ca, sino como su corazón –según la expresión en boga entre los colonizadores–, supone borrar cualquier vinculación de ese nombre con su remoto significado latino y dar carta de naturaleza a la idea de que África es el único continente que nunca ha conocido la civilización, tanto por no haberse desarrollado sobre su suelo, como por no haber entrado en contacto con pueblos que dispusieran de ella.

Ambas presunciones eran falsas. Por un lado, fue durante el siglo XIX, coincidiendo con los albores de la empresa colonial, cuando la civilización del Egipto faraónico fue arrancada de su contexto africano y colocada en una suerte de limbo geográfico desde el que no comprometiera ninguno de los relatos del pasado en los que necesitaba apoyarse el dominio. Por otro, los pueblos al sur del Sáhara llevaban en contacto con Portugal al menos desde mediados del siglo XV; y no sólo en las zonas costeras, como se afirmó durante la Conferencia, puesto que desde Lisboa se impulsó un sistema de encomiendas similar al de América y se desencadenaron conflictos armados con reinos del África interior, como el que estalló con Monomatapa, en el actual Zimbabwe, a consecuencia de que su rey había abandonado el cristianismo para convertirse al Islam.

Negar que África hubiera conocido la civilización convenía a la empresa colonial porque, de este modo, el dominio podía revestir los caracteres de una empresa filantrópica, de una desinteresada “misión civilizadora”. La fórmula llegó a calar tan hondo en los espíritus de la época que el rey Leopoldo de Bélgica gozó de una fama de hombre magnánimo y desprendido durante la mayor parte de su reinado. Entre tanto, su búsqueda de ganancias estrictamente personales en el Congo se llevó a cabo mediante procedimientos cuya crueldad y resultados han sido comparados por algunos autores, como Adam Hirschschild, con los del antisemitismo europeo durante los años treinta y cuarenta del siglo XX.

Antecedentes del nazismo

Haciendo balance de los efectos de la “misión civilizadora” entre los colonizados, la tunecina Sophie Bessis se llega a preguntar si del análisis de los métodos utilizados por las metrópolis contra las razas consideradas inferiores puede



El teniente Mizon guía a los nativos, que hacen suya la bandera de Francia, durante su expedición en África central en 1892. Ilustración publicada en *Le Petit Journal*, el 9 de julio de 1892.

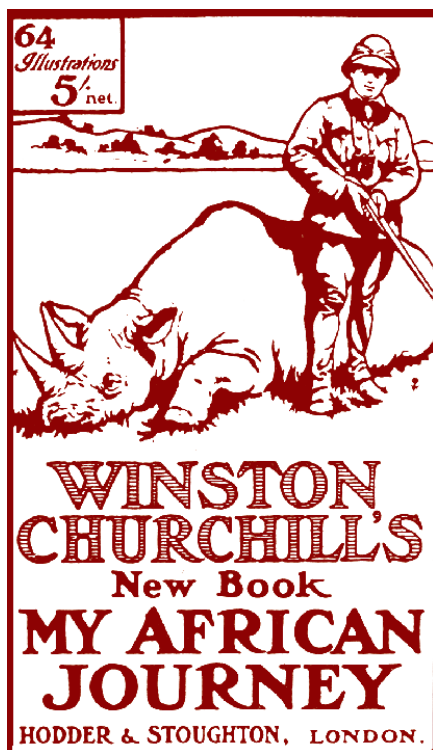
deducirse que el nazismo fue un fenómeno singular o es más adecuado considerarlo como una continuación, como una transposición de las prácticas coloniales al espacio geográfico europeo.

Más allá de compartir la noción de raza como fundamento de unas determinadas políticas, la empresa colonial y los movimientos totalitarios de mediados del siglo XX coincidieron en el establecimiento de un sistema jurídico en el que quebraba el principio de que la ley es igual para todos. Y no sólo en el plano interno, sino también en el internacional. De esta manera, el derecho de gentes que servirá de fundamento a la Conferencia de Berlín deriva de la diferencia establecida por Lorimer y Von Listz entre los pueblos salvajes, bárbaros y civilizados. Las normas que han de regir entre estos últimos son las que libremente pacten entre ellos, los tratados que tengan a bien acordar en virtud de su plena soberanía, puesto que, por expresarlo en palabras de Renan, consti-

tuyen una especie de Senado del mundo en el que ningún miembro puede gozar de mayor consideración que otro.

Por descontado, no ocurre lo mismo con las otras dos categorías de pueblos, hacia los que el Senado mundial de la civilización tiene una creciente responsabilidad y un poder cada vez más ilimitado. Mientras que con los pueblos bárbaros era posible establecer acuerdos en aquellas materias sobre las que tuvieran libre disposición sobre sí mismos, con los salvajes, los más retrasados en la escala de la civilización, el comportamiento de las metrópolis tan sólo debía ajustarse a los principios generales que inspiran el derecho humanitario. Bárbaros eran los pueblos árabes y asiáticos; salvajes, la totalidad de las poblaciones autóctonas de África.

Entre las consecuencias de esta división de los pueblos y de las estructuras jurídicas que se hicieron depender de ella –verdadera clave de bóveda sobre la que se levantó el sistema internacional



Portada de la primera edición de *Mi viaje a África*, de Churchill, que retrata sin disimulo los planes colonialistas del autor.

del colonialismo—, conviene destacar la relativa a la soberanía sobre el territorio. Al establecer que los pueblos salvajes no estaban en condiciones de disponer de sí mismos, lo que se venía soterradamente a sostener era que tampoco podían estarlo para tomar posesión efectiva del suelo sobre el que se asentaban. Así, África se convirtió en una auténtica *res nullius* a efectos de los colonizadores, en todo momento a merced de que cualquier sujeto internacional con capacidad completa, esto es, de que cualquier pueblo civilizado, llevase a cabo una apropiación conforme a las normas que las propias metrópolis habían instituido. La imagen de África como continente sin dueño se vio acentuada por la fiebre de aventuras que se apoderó de Europa, y que hizo que las hazañas de los exploradores se presentasen como gestas sin parangón en la Historia. No se decía de ellos que habían logrado poner el pie donde nunca antes había pisado el hombre blanco —algo cuando menos dudoso, a juzgar por la auténtica dimensión de la empresa imperial portuguesa—, sino que habían logrado alcanzar lugares donde el ser humano jamás había estado. En realidad, se trataba de parajes y

regiones que los africanos conocían sobradamente, integrados en sus propias vidas y creencias, y en los que incluso ejercían de guías para los exploradores llegados de Europa. ¿Con ello no se les negaba implícitamente a los africanos la condición de seres humanos, o al menos una parte de esa condición, situándolos a medio camino entre el hombre y la bestia, como haría, por ejemplo, Edgar Rice Burroughs en su exitosa serie de novelas sobre Tarzán?

Berlín: negociar para no guerrear

Si la conversión de África en una gigantesca *res nullius* facilitaba la tarea de poner en conexión la “misión civilizadora” y la ocupación de un territorio, la contrapartida se encontraba en la tensión que el sistema podía generar entre las metrópolis, embarcadas en una imparable carrera por ampliar sus dominios. La Conferencia de Berlín obedece al propósito de desactivar la carga desestabilizadora que la empresa colonial representaba para las potencias europeas: mejor llegar a un acuerdo entre pueblos civilizados, según correspondía al Senado del mundo, que resolver las controversias recurriendo a la fuerza militar.

El resultado de la Conferencia fue, así, una reproducción más o menos exacta del equilibrio político que se mantendría en Europa hasta el término de la Segunda Guerra Mundial. Francia, Inglaterra y Alemania obtendrían la parte del león en el reparto; y ello sobre la base de reconocer a Bélgica sus posesiones en el Congo y reducir drásticamente las de España y Portugal en el golfo de Guinea y en la franja meridional del continente, estableciendo un dominio británico en los territorios que median entre el Atlántico y el Índico, entre las actuales Angola y Mozambique.

La mirada colonial sobre África se prolongaría en las décadas posteriores. Cuando, terminada la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras deciden privar a Alemania de los territorios obtenidos en la Conferencia de Berlín, su decisión no es la de concederles la independencia. Antes por el contrario, los colocan bajo la fórmula del mandato, tomando como modelo el complemento de capacidad de los menores en el derecho civil. De acuerdo con la nueva institución, los colonizados eran comparados con criaturas a las que había que

conducir, corrigiéndolas y ayudándolas, a través de lo que el Pacto de la Sociedad de Naciones consideraría “las complejidades del mundo moderno”. El carácter derogatorio de la fórmula aplicada a las colonias africanas de Alemania se convertiría en abierta aberración cuando se decidió extenderla al Imperio Otomano, la otra potencia derrotada en la Gran Guerra. Constantinopla, la capital de un Imperio musulmán que, históricamente, había sido gobernado desde Bagdad y Damasco, se transformó repentinamente en metrópoli y, en correspondencia, el resto de los territorios del Islam, incluyendo Siria, Egipto o Arabia, en inusitadas colonias, a las que había que colocar bajo mandato de las potencias vencedoras.

Lejos de haberse extinguido, la mirada que Europa arrojó sobre África en la empresa colonial suele reaparecer con diversos ropajes. Buena parte de los razonamientos que se emplean para fundamentar la cooperación al desarrollo y la ayuda humanitaria parecen tomados del discurso colonial, y en concreto de la convicción de haber hallado un procedimiento sorprendente, un auténtico prodigio por el que los dividendos del colonizador —del donante, en este caso— parecen crecer al mismo ritmo que los beneficios para el colonizado, el receptor. Por descontado, los métodos del humanitarismo nada tienen que ver con los del colonialismo, pero la coincidencia en algunos de sus presupuestos favorece la coincidencia en uno de sus más penosos resultados: la consideración de los africanos como permanentes menores de edad, como objetos, y no sujetos, incapaces de hacer frente a sus propios problemas. ■

PARA SABER MÁS

-  HOCHSCHILD, A., *El fantasma del rey Leopoldo. Codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona, Península, 2002.
- ILIFFE, J., *África. Historia de un continente*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.
- KI-ZERBO, J., *África bajo la dominación colonial (1880-1935)*, vol 7 de en “Historia General de África”, Madrid, Tecnos, 1987.
- LEMARCHAND, PH., *Atlas de África*, Madrid, Acento, 2000.
- MARTÍNEZ CARRERAS, J. U.: *África subsahariana*, Madrid, Síntesis, 1993.
- VILAR, J. B., “Guinea y el Sahara atlántico, objetivo colonial sustitutorio de Cuba antes y después del 98”, en J. Aróstegui y J. A. Blanco (eds.): *Castilla y el 98*, Zamora, UNED, 2000.